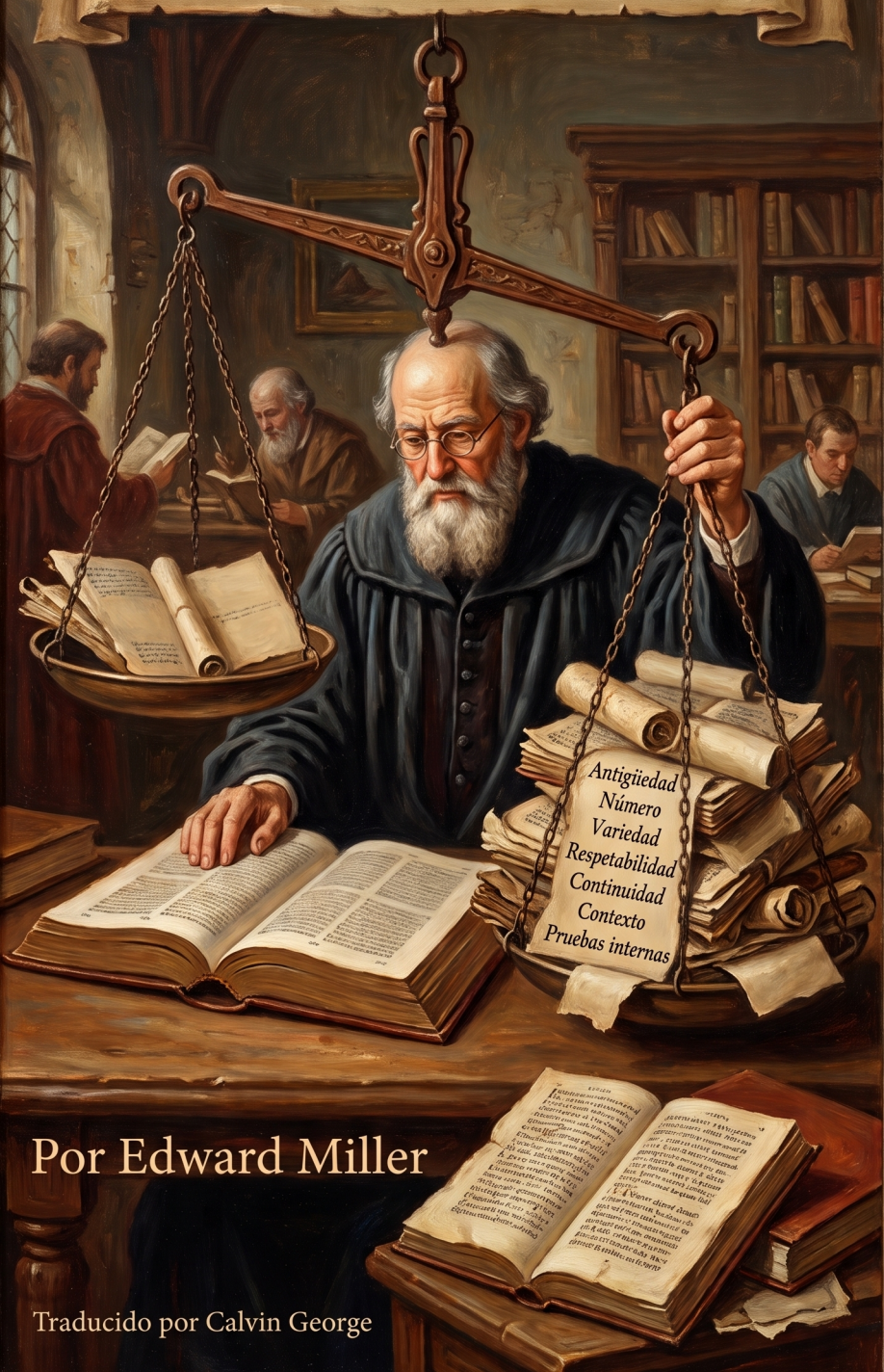


Guía para la Crítica Textual del Nuevo Testamento



Por Edward Miller

Traducido por Calvin George

Guía para la Crítica Textual del Nuevo Testamento

Por Edward Miller

**Traducción a cargo de
Calvin George**



**Publicaciones Literatura Bautista
<http://www.literaturabautista.com>**

Guía para la Crítica Textual del Nuevo Testamento

Por Edward Miller

George Bell and Sons, Londres
1886

Título original en inglés: *A Guide to the Textual Criticism of the New Testament*.

Traducción a cargo de Calvin George, 2026.

Derechos reservados @ 2026 para la obra de traducción. Se permite copiar sin cambios al dar reconocimiento a la fuente original.

Contenido

Introducción del traductor.....	4
Capítulo 1 Introducción	5
Capítulo 2 Historia de la crítica textual (parte 1).....	7
Capítulo 3 Historia de la crítica textual (parte 2).....	14
Capítulo 4 La escuela del textualismo extremo	22
Capítulo 5 La escuela rival	33
Capítulo 6 Historia del Texto Tradicional hasta la era de san Juan Crisóstomo	36
Capítulo 7 Historia del Texto Tradicional desde la era de san Juan Crisóstomo hasta la invención de la imprenta.....	44
Capítulo 8 Materiales de la crítica	53
Capítulo 9 Principios de la crítica.....	59

Introducción del traductor

Edward Miller (1825-1901) tomó la antorcha al morir John Burgon, e incluso se le confió la responsabilidad de editar el libro *The Traditional Text* que Burgon dejó atrás sin acabar. Tras el fallecimiento de Burgon, Miller asumió la monumental tarea de recopilar, editar y publicar la investigación inconclusa de Burgon en defensa del Texto Tradicional del Nuevo Testamento. La traducción del libro de Burgon *El Texto Tradicional* está disponible aquí: <https://www.literaturabautista.com/el-texto-tradicional-libro-por-juan-burgon-traducido/> Por haber estudiado bajo él, Miller tuvo creencias similares a Burgon. Es casi como si Burgon hubiera seguido escribiendo a través de la pluma de Miller.

Por traducir este libro, no estoy tratando de comunicar un mensaje de que hace falta más de la crítica textual de alguna clase para que finalmente tengamos traducciones confiables. Hemos tenido traducciones confiables en español por siglos. La crítica textual puede ser usado para bien o para mal. Puede ser útil, por ejemplo, para reforzar la autenticidad de algún pasaje. No estoy de acuerdo con todo en este libro, pero fue más conservador que casi cualquier libro sobre crítica textual del que tengo conocimiento. Mis opiniones se encuentran en un escrito titulado *Una crítica de la crítica textual neotestamentaria moderna: Lo bueno, lo malo y lo feo*. <https://www.literaturabautista.com/critica-de-la-critica-textual/>

La traducción se hizo con la asistencia de inteligencia artificial, pero de todos modos fue necesaria la inversión de incontables horas para incorporar escritura griega, el formato de listas y estadísticas y otros asuntos. También se repasó la traducción inicial para no depender enteramente de la traducción a base de tecnología.

La determinación final de la traducción fue dificultosa debido a la naturaleza técnica especializada de la obra, y por el hecho de que fue escrita en el siglo XIX. Aunque se intentó simplificar la obra en el proceso de traducción cuando se pudo, a la vez hacía falta traducir lo que escribió, incluyendo tecnicismos.

Esta traducción inicial no incluye las notas a pie de página o los apéndices. Posiblemente se hará en el futuro, o podría ser un proyecto para un voluntario.

Aunque la obra de traducción contiene derechos, se permite copiar sin cambios al dar reconocimiento a la fuente original.

Calvin George

Capítulo 1 Introducción

Importancia del tema

¿Cuál es el griego genuino? ¿Cuál es el texto verdadero del Nuevo Testamento? ¿Cuáles son las palabras exactas que escribieron los evangelistas y los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo bajo la inspiración del Espíritu Santo? ¿Hemos recibido y usado hasta este período, para la instrucción de nuestra fe y la guía de nuestras vidas, una forma de texto que en una vasta cantidad de detalles, muchos de los cuales son de gran importancia, ha sido fabricada por el artificio o el error de los hombres?

Esta pregunta ha surgido a raíz de la investigación de tiempos recientes, la cual ha sacado a la luz una cantidad de evidencia presente en copias y traducciones antiguas del Nuevo Testamento, lo que ha llevado a muchos eruditos eminentes a rechazar, según su juicio, como corrupciones del texto puro, varios pasajes que se han ganado el aprecio de los cristianos a lo largo de los siglos. De este modo, conforme a principios ampliamente adoptados:

- (a) Los últimos doce versículos del Evangelio según san Marcos deben desecharse, y debe hacerse un cierre abrupto después de las palabras: «porque tenían miedo».
- (b) En el Padre Nuestro según lo presenta san Lucas (11:2-4), deben eliminarse las siguientes cláusulas: «Padre nuestro... que estás en los cielos»; «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra»; «mas líbranos del mal».
- (c) La doxología debe omitirse del Padre Nuestro en san Mateo (6:13), y así perderse todo registro de ella en los Evangelios.
- (d) Los versículos 43 y 44 ya no deben contarse en el capítulo 22 de san Lucas, y por consiguiente debe desaparecer el relato del ángel que lo fortalecía y el «sudor como grandes gotas de sangre», así como el registro evangélico de «la agonía en el huerto».
- (e) La primera de las siete palabras de nuestro Señor desde la cruz (san Lucas 23:34) debe considerarse no auténtica: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».
- (f) También la afirmación de san Lucas sobre la ascensión al cielo (24:51) —una omisión de la mayor importancia, porque se supone que el relato de san Marcos sobre el mismo suceso, que incluía además la sesión a la diestra de Dios, desapareció bajo estos principios junto con los últimos doce versículos de su Evangelio.
- (g) La narración de san Lucas sobre la institución del santo sacramento (22:19, 20) debe perderse, excepto en lo que concierne a «Esto es mi cuerpo».

Estos siete casos, que podrían multiplicarse ampliamente mediante la adición de otras omisiones —tales como la del ángel que descendía y la curación efectuada en el estanque de Betesda, la del último clamor en la descripción de san Marcos sobre la fe del centurión, la de la mayor parte del relato de san Lucas sobre la inscripción en la cruz, la de la visita de san Pedro al sepulcro en el mismo Evangelio, la del saludo «Paz a vosotros», la del Señor mostrando sus manos y sus pies, la de la palabra «partido», con lo cual se produce una herida y se deja un espacio en blanco en la magnífica versión de san Pablo sobre la institución del santo sacramento, y otros casos demasiado numerosos para relatar aquí; por no hacer más que aludir a afirmaciones sorprendentes, tales como que el costado de nuestro Señor fue traspasado antes de su muerte y que el sol se eclipsó en su plenitud—, pueden enseñar a todos los que reverencian y aman la Palabra de Dios cuán preciosos

puntos están en juego. Si bien los cambios propugnados por la escuela moderna dejan atrás lo suficiente en las Sagradas Escrituras para sostener sin duda lo esencial de la fe de la cristiandad, son tan trascendentales en sí mismos como para producir un desgarramiento doloroso en los fervientes afectos que se han apegado a palabras familiares y profundamente amadas desde la infancia, y para demostrar que, al menos a primera vista, debe dirigirse una atención general y especial hacia lo que realmente podría ser una corrupción de las Sagradas Escrituras. Además de esto, el número de alteraciones, que asciende en la más moderada de las nuevas recensiones a 5.337, revela el carácter formidable de las operaciones que se amenazan. Si la mayoría de estas alteraciones son pequeñas, debe recordarse que el ejemplo tomado es uno que presenta muchos menos cambios que otras ediciones del Nuevo Testamento. Se muestra lo suficiente para establecer más allá de toda duda que es el deber de todos los cristianos, que tengan un interés inteligente en las controversias de su tiempo, no quedarse de brazos cruzados cuando tales asuntos se encuentran en peligro.

Sin embargo, en la actualidad existen comparativamente pocas personas, clérigos o laicos, que tengan un conocimiento inteligente sobre los fundamentos en los que descansa esta importante cuestión. El tema, a primera vista, presenta un aspecto desalentador para la mayoría de las mentes; los tratados sumamente valiosos sobre él están demasiado llenos de erudición y son demasiado extensos para que los dominen quienes no son propiamente estudiantes, y las prisas de la vida moderna demandan un modo de tratamiento más sencillo.

Por lo tanto, es con la esperanza de presentar las características principales de la crítica textual, o tales consideraciones elementales como las que se hallan de inmediato involucradas al determinar el texto griego del Nuevo Testamento, de una manera clara y nada carente de interés para los lectores, que, en deferencia a las urgentes solicitudes de algunos que entran a fondo en la controversia, se ha emprendido la composición de este pequeño tratado. Indeciblemente queridas para todos los verdaderos cristianos, ya sea que se ubiquen de un lado o del otro, deben ser las expresiones mismas —las oraciones, las frases, las palabras, e incluso el ritmo y los acentos— de la declaración genuina del Espíritu Santo de Dios. El sentimiento general del cristianismo ha aplicado con total plenitud la advertencia dada al final del último libro de la Biblia contra el añadir o el omitir. «Que ningún hombre añada a las palabras de las Sagradas Escrituras ni quite nada de ellas», dijo uno de los más renombrados padres. «Teman el dolor que está destinado para aquellos que añaden o quitan», fue la amonestación unánime de otro.

Los puntos principales del debate en cada postura se expondrán a lo largo de la narración. Las cuestiones en controversia son cuestiones de hecho, y deben decidirse mediante los hechos de la historia, el origen y la naturaleza de los documentos de los que dependen, y la debida consideración de la proporción de la fe cristiana. No pueden resolverse por partes. Todos los cargos de la causa deben estar ante el tribunal. Por lo tanto, se intentará presentar ahora con toda franqueza los fundamentos principales sobre los cuales debe descansar la opinión, tal como han sido expuestos en el transcurso de la ciencia de la crítica textual, en los argumentos principales empleados por las escuelas rivales de la actualidad, en la historia de la transmisión del Nuevo Testamento de época en época y en los materiales primordiales de la crítica; y será nuestro deber deducir en conclusión los principios medulares que deberían regular las operaciones críticas en cualquier intento de revisar y remodelar el texto sagrado.

Capítulo 2 Historia de la crítica textual

Parte 1

La ciencia de la crítica textual sagrada es hija de las circunstancias y ha sido fomentada por el celo y la laboriosidad de hombres instruidos. Ha surgido del gran número de copias existentes del Nuevo Testamento, el cual ha alcanzado en la actualidad, hasta donde ha llegado la investigación, no menos de unos dos mil ejemplares. Estas fuentes primarias de información se ven además aumentadas por traducciones a varios idiomas y por citas que ocurren en las obras de los primeros escritores eclesiásticos. En consecuencia, como estos numerosos testigos ofrecen pruebas que son discordantes en miles de pormenores, existe claramente la necesidad de principios rectores y de un sistema reconocido al momento de estimar su testimonio. De esta manera, la ciencia de la crítica textual sagrada ha venido creciendo gradualmente casi desde la época de la invención de la imprenta.

Y, como era natural, su crecimiento y tendencia se han visto ampliamente influenciados, de tiempo en tiempo, por los materiales que la investigación y el descubrimiento han producido continuamente. Cuando nuevos manuscritos han salido a la luz, o el veredicto de los antiguos se ha determinado mediante el lento proceso de colación, la introducción de nueva evidencia ha afectado necesariamente las conclusiones trazadas con anterioridad. Una ciencia que depende de hechos que solo pueden determinarse tras prolongados procesos de investigación no puede sino tardar en alcanzar la madurez. En la actualidad, cientos de manuscritos esperan ser cotejados, varias versiones necesitan ser reeditadas y deben prepararse índices de las citas en los padres antes de que todo lo que deba decirse sobre los puntos controvertidos pueda reunirse con rigurosa exactitud. Además de eso, el valor relativo de las distintas clases y subdivisiones de evidencia aún no puede determinarse de una manera que cuente con aceptación universal.

Pueden distinguirse cuatro períodos en la historia de la crítica textual, hasta el punto en que ha evolucionado hasta hoy; a saber: la infancia, la niñez, la juventud impetuosa y la madurez incipiente.

I. La infancia

Aunque Gutenberg imprimió una edición en folio de la Biblia en latín ya en el año 1455 d. C., ninguna en el griego original apareció sino hasta principios del siglo dieciséis. La demanda en aquella época no era grande. Los escribas griegos dependientes del empleo para su sustento abundaban en Europa tras la toma de Constantinopla en 1453. La impresión resultaba mucho más difícil con los tipos griegos, poco familiares; y el predominio de abreviaturas ingeniosas y elegantes hacía que la labor de copia fuera a la vez más rápida y más artística. Por lo tanto, pasó medio siglo antes de que la Iglesia viera el cumplimiento de una tarea tan formidable, cuya necesidad se satisfacía a la vez de forma tan fácil y tan adecuada.

1. El cardenal Jiménez de Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá y eminente mecenas de la literatura, fue el primero en el campo. En el curso de su ascenso, había pasado de una mazmorra, donde había vivido seis años de su vida, al arzobispado de Toledo y a la regencia de Castilla; y en sus últimos días destinó los cuantiosos ingresos de su sede a obras caritativas o de carácter público. Habiendo reunido tantos manuscritos como pudo, puso a López de Zúñiga y a otros editores

eruditos a trabajar en 1502, labor en la que gastó más de 50.000 ducados, o alrededor de 23.000 libras. Estaba destinada a conmemorar el nacimiento de Carlos V. Pero transcurrieron muchos años antes de la finalización del Nuevo Testamento en griego y latín el 10 de enero de 1514; el libro no se publicó sino hasta 1520, tras la muerte de Jiménez, y no entró en circulación general sino hasta dos años después.

La Políglota Complutense —pues tal fue el título, derivado del nombre en latín (*Complutum*) de Alcalá— fue elaborada, según afirmaron los editores, a partir de manuscritos seleccionados de gran antigüedad y exactitud, facilitados por el papa León X, quien fue el patrocinador de la empresa. Se han hecho intentos infructuosos para averiguar cuáles eran estos manuscritos. El único resultado es que debemos atenernos a la afirmación de los editores y al carácter de la obra. Se reconoce que la Complutense es una edición aceptable, pero de ninguna manera exenta de fallas, del texto que ya había estado en boga, como se admite universalmente, durante más de mil años.

2. Pero la Políglota Complutense fue anticipada en su publicación por un Testamento griego en Alemania.

Froben, el impresor de Basilea, al enterarse de los trabajos en España y deseando adelantarse a ellos, envió a buscar a Erasmo, quien se encontraba entonces en Inglaterra, y le insistió con fervor para que asumiera el oficio de editor. Erasmo recibió las primeras propuestas el 17 de abril de 1515. Pero fue tal la prisa con que se procedió, que el Nuevo Testamento estuvo impreso antes de finales de febrero de 1516. Erasmo, sin embargo, según parece, había hecho algunas preparaciones por su cuenta antes de tener noticias de Froben. Al parecer utilizó las copias que pudo conseguir, pero en unos pocos casos en los que encontró o supuso que sus autoridades griegas eran deficientes, tradujo de la Vulgata al griego.

La primera edición de Erasmo llegó hasta España, donde la Complutense reposaba ya completa, pero a la espera del *imprimatur* papal para su publicación. Zúñiga la criticó con espíritu de rivalidad; mas el distinguido y anciano cardenal respondió: «¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta! Presenta algo mejor si puedes; no condenes la labor de otro».

Erasmo fue, no obstante, atacado por Zúñiga, y también por Edward Lee, más tarde arzobispo de York, porque había omitido el testimonio de los testigos celestiales en 1 Juan 5:7, así como por otros motivos. Erasmo replicó que no podía hallar el pasaje en sus manuscritos griegos y que incluso algunas copias en latín no lo incluían. Pero al final prometió que si se presentaba algún manuscrito griego que contuviera esas palabras, en el futuro las insertaría. Es notable que en esta ocasión se apelara por primera vez al célebre Códice Vaticano (B) respecto a un punto de crítica textual. Con el transcurso del tiempo se presentó el Códice Montfortianus, conservado actualmente en Dublín, y en consecuencia Erasmo imprimió el pasaje en su tercera edición en 1522. Una cuarta edición expuso el texto en tres columnas paralelas: el griego, la Vulgata latina y una recensión de esta última realizada por Erasmo. La última, en 1535, contenía únicamente el texto griego. Cada edición sucesiva experimentó correcciones, pero la última no se diferenciaba mucho de la cuarta. Erasmo murió en Basilea en 1536.

3. Las ediciones de Roberto Estéfano, Teodoro Beza y los Elzevir completan este período.

Las dos primeras de Estéfano, publicadas en París respectivamente en 1546 y 1549, fueron impresas con la máxima elegancia mediante tipos fundidos a expensas de Francisco I, y los conocedores las denominan con el título *O mirificam* a partir de las palabras iniciales que expresaban un elogio a la generosidad de aquel rey. La tercera, en folio, salió en 1550 y, por primera vez en la historia de las ediciones del Testamento griego, contuvo variantes textuales. Se hizo referencia a dieciséis autoridades; a saber: la Políglota Complutense y quince manuscritos, entre los cuales se cree que figuraba el Códice Beza (D), actualmente en Cambridge. A Erasmo no se le menciona, a pesar de que las dos primeras ediciones de Estéfano se basaron principalmente en las lecturas de Erasmo; y su tercera edición, según el cómputo del doctor Scrivener, difiere de ellas en su conjunto en solo 361 pasajes. Roberto Estéfano no cotejó personalmente sus autoridades, sino que empleó los servicios de su hijo Henry.

El registro de lecturas en el margen de su folio causó una gran ofensa a los doctores de la Sorbona, por lo que Estéfano se retiró a Ginebra para escapar de su enemistad. Allí publicó en 1551 su cuarta edición, casi idéntica en el texto griego a la anterior, pero con una alteración notable. Los capítulos en los que el cardenal Hugo, de Santo Caro, había dividido los libros de la Biblia en el siglo XIII, se subdividieron por primera vez en versículos en esta edición. Su hijo Henry dijo que su padre realizó la subdivisión «mientras cabalgaba» de París a Lyon, probablemente durante las pausas de su trayecto. Su objetivo consistía en facilitar las referencias en una concordancia que tenía proyectada.

El texto de Beza no difería mucho del de Estéfano. Publicó cinco ediciones que variaban ligeramente entre sí y que abarcaron desde 1565 hasta 1598. De estas, la cuarta, publicada en 1589, goza de la más alta reputación, habiéndose producido la quinta en su «extrema vejez». Además de contar con la ventaja de las colecciones de Estéfano, Beza poseía dos manuscritos muy importantes: el ya mencionado (D de los Evangelios y Hechos), que obsequió a la Universidad de Cambridge, y el Códice Claromontanus (D de las epístolas de san Pablo) en París, conteniendo ambos textos en griego y latín, siendo por tanto manuscritos «bilingües».

Los Elzevir —Bonaventure y Abraham— publicaron dos ediciones en su célebre imprenta: una en 1624 y la otra en 1633. Su texto se confeccionó a partir de los de Estéfano y Beza. Esta última edición fue notable por aparecer en ella por primera vez la expresión «Texto Recibido». Dirigiéndose al lector, señalaban: «Así pues, tenéis ahora un texto recibido universalmente, en el cual no ofrecemos alteración ni corrupción alguna».

El texto de Estéfano, que más tarde fue reproducido cuidadosamente por Mill, ha sido tomado generalmente en Inglaterra como el texto patrón o «Recibido», mientras que el de los Elzevir ha sido considerado así en el continente. No obstante, los traductores de nuestra versión autorizada [una referencia a la versión King James en inglés] no se adhirieron exclusivamente a ninguna de las ediciones principales. Cuando sus autoridades discrepaban, unas veces seguían a Beza en su interpretación del «Texto Recibido», otras a Estéfano, otras a los complutenses, a Erasmo o a la Vulgata latina.

II. La niñez

En el período señalado hasta aquí apenas hubo una ponderación de lecturas opuestas. Las que se presentaban se aceptaban de ordinario con implícita confianza. Los instintos libres de la infancia guiaron a la ciencia principalmente por un sendero que ya había sido transitado con la continua aprobación de la Iglesia durante siglos. Sería una prisa temeraria, y no un juicio perspicaz, lo que condenaría a la ligera los resultados alcanzados de este modo. Se sabía que las copias seguidas primordialmente eran muestras más o menos exactas de lo que se había conservado en la Iglesia como la forma reconocida de la Palabra inspirada.

El Texto Recibido de los siglos dieciséis y diecisiete representaba, con exactitud general pero lejos de ser invariable, el Texto Tradicional de las épocas previas de la Iglesia. Por otra parte, la Iglesia de tiempos posteriores no podía reposar con tranquilidad sin comprobar, mediante una investigación tan amplia y profunda como fuera posible, si estos procesos instintivos habían desembocado en conclusiones bien fundamentadas. Lo que fuera correcto se demostraría correcto en una investigación plena y libre, siempre que la franqueza, la amplitud de criterio y la firmeza en la fe mantuvieran alejados el prejuicio, la estrechez mental y la incredulidad.

1. En 1657, Brian Walton, más tarde obispo de Chester, publicó una políglota a la que se añadieron varias lecturas tanto en el quinto como en el sexto volumen. En compañía de algunos colegas se había consagrado a esta obra durante doce años a lo largo de las oscuras tribulaciones que aquejaron a la Iglesia de Inglaterra. Incluyó diversas lecturas procedentes del Códice Alejandrino (A), actualmente en el Museo Británico, el cual había sido obsequiado por Cirilo Lúcar a Carlos I en 1628. En sus páginas se hallaban comprendidos también los resultados de los cotejos de dieciséis manuscritos realizados por el arzobispo Ussher.

Al año siguiente apareció en Ámsterdam un Nuevo Testamento editado por Curcellaeus o Courcelles, caracterizado por tendencias socinianas. Y poco después, en 1675, el doctor John Fell, obispo de Oxford, publicó una pequeña edición en la que se ofrecían cotejos de nuevos manuscritos y se añadían citas de la versión menfítica o versión antigua del Bajo Egipto, así como de la gótica, elaborada poco después de que los godos se establecieran en los confines del Imperio romano.

2. Pero un impulso mayor y más vigoroso se produjo a finales del siglo diecisiete. En gran medida gracias a la ayuda del obispo Fell, quien durante su vida proporcionó estímulo y fondos, el doctor John Mill dedicó el trabajo de treinta años a la preparación de un grandioso Nuevo Testamento que aspiraba a superar al de Estéfano tanto en belleza como en otros aspectos. El fallecimiento del buen obispo en 1686 parece haber retrasado la obra; y no fue sino hasta 1707, tres años después de que el arzobispo Sharpe consiguiera para el esforzado editor una canonjía en Canterbury y ayuda real para la consecución de su propósito, cuando salió a la luz el volumen. Mill mismo falleció apenas quince días después de la publicación. A partir de entonces, la ciencia de la crítica textual emprendió un nuevo rumbo.

Mill solo intentó reproducir el texto de Estéfano, aunque se apartó de él en algunos pormenores. Sin embargo, añadió unas 30.000 lecturas y unos invaluable *Prolegomena*. Superó con creces a todos sus contemporáneos y predecesores en exactitud de cotejo y amplitud de método. «De la crítica del Nuevo Testamento en manos del doctor John Mill puede decirse que encontró el edificio de madera y lo dejó de mármol».

3. Llegamos ahora al magno proyecto del gran Richard Bentley, director del Trinity College de Cambridge, el cual despuntó con elevadas promesas, pero nunca alcanzó su realización. Expuso su plan al arzobispo Wake en una extensa carta, en la cual, tras explicar sus propios estudios, profesa su convicción de que sería capaz de restaurar el texto del Nuevo Testamento a la forma en que se hallaba dispuesto en la época del Concilio de Nicea. En su entusiasmo se sintió impulsado a añadir: «de tal suerte que no habrá ni veinte palabras, o incluso partículas, de diferencia». Tras describir la historia de la Vulgata y las labores editoriales desde la invención de la imprenta, concluye: «En una palabra, encuentro que al quitar 2.000 errores de la Vulgata papal y otros tantos del papa protestante Estéfano, puedo publicar una edición de cada una en columnas sin emplear ningún libro que tenga menos de 900 años de antigüedad, las cuales concordarán tan exactamente palabra por palabra y, lo que al principio me asombró, orden por orden, que ni dos tarjas ni dos contratos podrían concordar mejor».

Esto ocurría en 1716, y en cuatro años su plan estuvo definitivamente trazado. John Walker, miembro del Trinity College, quien ya había sido empleado en el cotejo de manuscritos en París para la edición, fue anunciado como «supervisor y corrector de imprenta». John Walker continuó trabajando; y Bentley mismo también, en la medida en que otras ocupaciones y las disputas con los miembros de su colegio se lo permitieron; pero la edición jamás vio la luz. Legó una valiosa colección de papeles a su sobrino, quien no hizo uso de ellos. Tras la muerte de este último se publicaron, incluyéndose entre varios cotejos uno que había obtenido y corregido con posterioridad del manuscrito vaticano (B). Este fue transcrito por Woide e impreso.

4. El siguiente paso hacia delante fue dado por Bengel en 1734. El gran número de autoridades que habían salido a la luz para entonces había creado desconcierto. ¿Eran todas igualmente confiables? ¿Consistía la revisión simplemente en un proceso de ordenar los testigos con sus caracteres especiales propios, los cuales debían ser investigados y conocidos a fin de formarse una estimación certera de su credibilidad?

Bengel sugirió, por consiguiente, que debían efectuarse investigaciones sobre el origen de cada uno, «ya sea considerados individualmente, en parejas, en asociaciones, o en familias, tribus y naciones», de manera que quedaran reducidos a una tabla genealógica que ilustrase sus diversos rasgos y parentescos. Dividió los manuscritos en términos generales en africanos y asiáticos. En su texto fue el primero en apartarse por principio del patrón recibido. Introdujo la división del Nuevo Testamento en párrafos, con la cual nos hemos familiarizado.

A Bengel le siguió Wetstein, quien amplió en gran medida los materiales listos para la crítica. Pasó muchos años en el cotejo, incluyendo en estas labores unos ciento dos manuscritos. Fue el primero en citar los manuscritos bajo su designación actual, citando de la A hasta la O para los unciales en los Evangelios y del 1 al 112 para los cursivos. Concedió gran importancia al Códice Alejandrino (A), el más antiguo que se conocía comúnmente en ese entonces. Arrojó mucha luz sobre las versiones o traducciones tempranas a otros idiomas. Y también trabajó, aunque se piensa que no con tanto éxito, sobre los padres. Sus servicios fueron tan considerables que el obispo Marsh opinaba que había logrado más que todos sus predecesores juntos. Su edición del Testamento griego apareció en 1751-1752.

C. F. Matthaei, Andrew Birch y otros prestaron un servicio de suma importancia en la recopilación y cotejo de los manuscritos existentes. Matthaei, turingio de nacimiento, quien ocupaba la cátedra de Literatura Clásica en Moscú, halló en esa capital una gran cantidad de manuscritos traídos en el siglo diecisiete desde el monte Athos, tanto bíblicos como patrísticos. Cotejó con una exactitud que ha merecido encendidos elogios setenta copias compuestas por estos y algunos otros ejemplares; además, reunió las citas de las Sagradas Escrituras contenidas en una treintena de manuscritos de las obras de san Crisóstomo. Su revisión del texto griego se fundó exclusivamente en los manuscritos examinados por él mismo. Cualquiera que demuestre ser su valor crítico, no cabe discrepancia alguna sobre la notable exactitud de su método y erudición, en la cual ha dejado un brillante ejemplo para todos los que vengan después de él. Sus colaciones seguirán siendo un tesoro para todos los tiempos.

Por la misma época, Alter realizaba en Viena una labor similar en especie, pero de inferior alcance. Y Birch, con la asistencia de Adler y Moldenhawer, trabajó en Italia, Alemania y España.

5. De este modo fue creciendo una inmensa masa de evidencia; lo que parecía vasto en los días de Mill se multiplicó extraordinariamente. En consecuencia, se llevó a cabo otro intento de clasificar los materiales acumulados de la crítica. John James Griesbach, discípulo de Semler, prosiguió, aunque con enmiendas, lo que su maestro había iniciado, sosteniendo que existían tres grandes familias de manuscritos, cada una de las cuales se fundaba en una «recensión» o edición especial. Distinguió estas como occidental, alejandrina y bizantina, respectivamente. Consideraba que el testimonio de dos de estas clases debía prevalecer frente a la tercera. Su teoría se fundaba, sin duda, en una cantidad cierta, o más bien incierta, de verdad. Pero tal como la llevó a la práctica, fue refutada por el arzobispo Laurence. Y en cuanto a sus «recensiones», como demostró posteriormente J. G. Reiche, no tenían más fundamento que la mera especulación. No se ha producido nada que pueda denominarse evidencia histórica de que se hayan llevado a cabo operaciones tales que justificaran las clases propuestas por Griesbach.

Griesbach también editó con esmero un Testamento griego y examinó a fondo las citas de las Sagradas Escrituras hechas por Orígenes. Esta última labor, cuyos resultados pueden verse en sus *Symbolae criticae* (Símbolos críticos), ofrece una muestra de lo que debe hacerse, al menos en el caso de los escritores eclesiásticos más importantes, antes de que toda la evidencia aducible pueda aplicarse a los puntos controvertidos.

Griesbach nos sitúa en el siglo presente: falleció en 1812. La labor fue continuada por John Martin Augustine Scholz, quien añadió, aunque con numerosas inexactitudes, una gran cantidad de materiales a los fondos conocidos previamente. Su contribución constó de nada menos que 616 manuscritos cursivos. No obstante, no puede depositarse confianza en sus producciones, como se ha demostrado en más de una ocasión. Es digno de mención que modificó la teoría de Griesbach sobre las supuestas recensiones de manuscritos, incluyendo el grupo occidental de Griesbach entre los alejandrinos, reduciendo así la cuenta a dos en lugar de tres. «En la familia alejandrina — afirma el doctor Scrivener— incluyó la totalidad de la recensión occidental de Griesbach, de la cual, ciertamente, parece inútil distinguirla mediante una línea divisoria tajante».

Tal fue el desarrollo de la ciencia hasta mediados del siglo presente. Fue el crecimiento natural de la niñez, vigorizado y ampliado por una acción constante, y extendiéndose con libertad por todos

lados. Se produjo de continuo una ampliación de materiales y las labores se desarrollaron progresivamente sobre campos cada vez más vastos. La teoría se persiguió con menor empeño y con resultados no tan afortunados. Distintas mentes tuvieron éxito en distintas áreas; casi ninguna en todas. «Agradecemos —expresa el doctor Davidson— a los cotejadores de manuscritos su gran esfuerzo. Sin embargo, puede dudarse de si son a menudo competentes para elaborar el mejor texto crítico a partir de los materiales existentes. ... Preferiríamos ver separados al cotejador y al editor del texto. Nos agradecería contar con una persona para cada labor».

Capítulo 3 Historia de la crítica textual

Parte 2

Pero ahora sobrevino un cambio. A la impetuosidad de la juventud le faltó la paciencia necesaria para aguardar un mayor crecimiento de la ciencia y para abstenerse de sacar conclusiones hasta que toda la evidencia hubiera sido reunida de todos los rincones, examinada a fondo, clasificada y debidamente valorada. Se buscó y se adoptó un método de decisión breve y fácil. Resultaba un destino demasiado severo dejar la herencia de la tierra prometida a una generación venidera. Si la evidencia resultaba demasiado difícil de manejar en conjunto, alguna era valiosa y otra no lo era en absoluto. ¿Por qué no seleccionar lo valioso y dejarse guiar por los veredictos que ofreciera? Así surgió la escuela del textualismo extremo.

1. Lachmann, el célebre filólogo y crítico, publicó con la ayuda de Philip Buttmann una edición del Nuevo Testamento en dos volúmenes, uno de los cuales salió en 1842 y el otro en 1850, ambos en Berlín, donde era profesor. Su primer principio, sobre el cual había dejado caer indicios en una pequeña edición once años antes, consistió en descartar las lecturas del «Texto Recibido» por tener, en su opinión, solo unos dos siglos de antigüedad; mientras que entraban en conflicto con lo que él consideraba una autoridad mejor. Su objetivo primordial consistía en restaurar, conforme al proyecto de Bentley, el texto del siglo cuarto, el cual suponía que se había extraviado. Con este propósito dejó de lado todos los manuscritos posteriores y se limitó a los pocos más antiguos. También admitió las versiones latinas más tempranas que existían antes de que san Jerónimo llevara a cabo la revisión de la Vulgata. Y, por último, empleó el testimonio de unos cuantos de los padres más antiguos.

De este modo, en los Evangelios contó con la guía del Alejandrino (A), el Vaticano (B), el Parisino (C) y cuatro fragmentos, además de un uso ocasional del manuscrito de Cambridge (D); —el antiguo manuscrito itálico en latín— y las citas de san Ireneo, san Cipriano, Orígenes, Lucifer e Hilario. Hizo una limpieza total de todos los demás —un proceso muy satisfactorio en lo que respecta a la facilidad de revisión—, escogiendo una «pobreza» voluntaria y cómoda de materiales, con un altivo desdén hacia las arduas labores de sus predecesores. De sus manuscritos, solo uno, el Vaticano B, lo conducía verdaderamente al siglo cuarto, y de ese solo podía usar en aquel entonces cotejos imperfectos. La parte más importante de su trabajo se ha considerado el empeño que dedicó a los textos en latín antiguo y su reivindicación del valor crítico de estos, si bien hoy en día no se le atribuye una estima tan elevada como la que su valoración pretendía.

2. A Lachmann le sucedió Samuel Prideaux Tregelles, cuyas labores fueron mucho más prolíficas. Criado en la Sociedad de Amigos, transitó por la comunidad de los Hermanos de Plymouth hasta asumir la posición de miembro laico de la Iglesia de Inglaterra. La parte más relevante de su labor se halla en sus ediciones y, de manera especial, en sus cotejos de manuscritos. Editó dos: el «Códice Zacynthius» (Ξ), perteneciente a la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, y el fragmento O. Cotejó con gran exactitud dieciocho unciales y trece cursivos. Y dedicó amplia atención a las versiones y a los padres, en especial a Orígenes y Eusebio.

Discutió el método de Lachmann en su *Account of the printed text of the New Testament* (Relato del texto impreso del Nuevo Testamento) y aceptó sin reservas el primer principio: «Debe concedérsele a Lachmann el mérito de haber abierto el camino al desechar el llamado Textus

Receptus y situar con audacia el Nuevo Testamento por entero y cabalmente sobre la base de la autoridad efectiva». Con este desprecio absoluto hacia el Texto Recibido, Tregelles procedió a respaldar el siguiente principio, que consistía en trazar una línea divisoria entre los recursos críticos que debían desestimarse por carecer de valor y aquellos en los cuales había de depositarse la confianza. Dividió los manuscritos en tres clases. El asentimiento de aquellos que eran anteriores al siglo VII fue considerado por él indispensable para el establecimiento de cualquier lectura. Los cursivos, datados a partir del siglo décimo, fueron juzgados erróneamente por él como contrarios, en términos generales, a las copias antiguas. Y los unciales tardíos, comprendidos entre los siglos séptimo y undécimo, le parecieron divididos en su concordancia entre los modernos y los antiguos. De suerte que las únicas autoridades dignas de crédito eran las más antiguas de entre estas. Con un espíritu semejante, no prestó atención sino a las versiones más tempranas, y a estas con moderación, y no citó a ningún padre posterior a Eusebio en la primera mitad del siglo cuarto. Las razones de este último límite estriban en: (1) que Eusebio «se halla en la línea divisoria entre el texto primitivo y aquel que más tarde se difundió ampliamente; y (2) en la absoluta necesidad de ceñir semejante examen dentro de límites que resultaran practicables de alcanzar para un solo individuo en un número moderado de años». Tregelles murió en 1875, antes de que su Testamento griego estuviera plenamente publicado.

3. Mas la figura más sobresaliente de esta escuela fue Constantine Tischendorf, un hombre de la más notable energía y éxito, quien en los servicios que prestó al reunir materiales para la crítica textual y al presentarlos para su empleo al fijar la autenticidad de cualquier lectura, superó incluso a las figuras más insignes en la dilatada lista de sus predecesores. La octava edición de su Testamento griego constituye un asombroso monumento a la incesante labor que colmó una vida que llegó a su fin el 7 de diciembre de 1874, poco antes de cumplir los sesenta años.

El doctor Caspar René Gregory, quien con cierta asistencia del profesor Ezra Abbot escribió la primera parte de los «Prolegomena» al Testamento griego de Tischendorf, ha dejado constancia de las contribuciones de este sabio a los recursos críticos de la crítica textual. Tischendorf descubrió quince unciales, incluido el insigne manuscrito Sinaítico (X), además de utilizar por primera vez veintitrés; editó veintiuno, transcribió cuatro y cotejó trece, por no mencionar el cuantioso trabajo dedicado a más de treinta adicionales ni los afanes menores que apenas se hallan registrados.

En el año 1844, mientras viajaba bajo el patrocinio de Federico Augusto, rey de Sajonia, en busca de manuscritos, Tischendorf llegó al convento de Santa Catalina, en el monte Sinaí. Al advertir allí unos documentos de aspecto antiguo en un cesto de papeles listos para encender la estufa, los extrajo y descubrió que se trataba de cuarenta y tres hojas de vitela pertenecientes a la versión de la Septuaginta. Se le permitió llevarse estas hojas; pero con el afán de salvar las demás partes del manuscrito de las que tuvo noticia, explicó su valor a los monjes, quienes, una vez ilustrados, solo le permitieron transcribir una página y se negaron a venderle el resto. A su regreso publicó en 1846 lo que había conseguido obtener, bajo el título de Códice Friderico-Augustanus, dedicado a su benefactor. En 1859 se encontraba de nuevo en Oriente, comisionado por Alejandro II, emperador de Rusia, y fue recibido en el convento como emisario del gran protector de la Iglesia oriental. Una noche, en conversación con el mayordomo, se le mostró un manuscrito «escrito en hojas sueltas y envuelto en un paño rojo», y se le autorizó examinarlo. Permaneció despierto toda la noche junto a su tesoro, pues como él mismo expresó: «parecía un sacrilegio dormir». Halló un

Nuevo Testamento completo, una porción considerable de la Septuaginta, la Epístola de san Bernabé y un fragmento del Pastor de Hermas. Después de esto se le permitió transcribir el manuscrito, y con el tiempo el códice fue obsequiado al emperador, hallándose hoy en San Petersburgo.

Antes del hallazgo de este importante manuscrito, Tischendorf había publicado siete ediciones de su Testamento griego. En ellas, hasta la tercera, apenas si había prestado atención a los manuscritos cursivos. Tras esa edición, el curso de sus estudios le condujo a incluir el registro de estos en sus relaciones de autoridades para los pasajes. La consecuencia fue que se ha calculado que su séptima edición difiere de la tercera en 1.296 casos, «en no menos de 595 de los cuales (siendo 430 de los restantes simples cuestiones ortográficas) retornó a las lecturas del Texto Recibido que antes había abandonado, pero a las que nuevos materiales y una experiencia más amplia le hicieron volver». La octava edición se elaboró con la ayuda del recién descubierto manuscrito Sinaítico (Σ), y el apego al tesoro que había rescatado resultó excesivo para él. Modificó su séptima edición en nada menos que 3.369 casos, generalmente conformándose a la copia sinaítica, «para escándalo —como advierte con justeza el doctor Scrivener— de la ciencia de la crítica comparativa, así como para grave descrédito de su propio discernimiento y exactitud».

Por mucho, pues, que podamos y debemos sentirnos siempre en deuda con Tischendorf por los inestimables frutos de sus afanes, no podemos considerarlo como un hombre de juicio sobrio y firme. Su trayectoria en zigzag no nos infunde la impresión de que sea sólida ninguna de las posiciones en las que se situó a lo largo de ella.

Pero los principios de esta escuela de textualistas han alcanzado su exposición más acabada en la *Introduction to the Greek Testament* (Introducción al Testamento griego), editada por los profesores Westcott y Hort. Esta edición se fundamentó en una labor que, en el caso de ambos doctos varones, se prolongó a lo largo de casi treinta años, abarcando el período en que actuaron como revisores, colaborando en la revisión de la traducción inglesa. Se imprimieron copias en privado que se entregaron a todos los revisores. Solo hasta que la revisión vio la luz pasaron a ser del dominio público. Y poco después se publicó una elaborada e ingeniosa introducción debida, según se afirma, a la pluma del doctor Hort.

El propósito de la introducción consiste patentemente en reducir a un sistema definido los principios de Lachmann y presentar argumentos en favor de que se acepte el testimonio de unas pocas autoridades aisladas con preferencia sobre el dictamen de la gran mayoría de los testigos. En consecuencia, se sostiene que un texto localizado en el siglo cuarto, pese a haber sido desechado y haber permanecido casi en el olvido a lo largo de las épocas sucesivas, constituye la forma genuina y, por tanto, debe seguirse. Esta doctrina conduce a ensalzar a B y a Σ —pero en especial a B— a una posición tan singular que, tras examinar estos principios y su aplicación, un observador poco familiarizado con la historia de los manuscritos imaginaría que estos dos aventajan por amplio margen a todos los demás, tanto en antigüedad como en una indiscutible pureza de expresión. Y en efecto, se intenta, a partir de una gran dosis de especulación, pero con el más precario grado de evidencia, añadir un par de siglos a su antigüedad virtual. Mas debe recordarse siempre que A y C son casi tan antiguos como B y Σ. En verdad, una opinión sostiene que A solo es unos cincuenta años más moderno que B, el más antiguo de la pareja. Aparte de esto, según las fechas admitidas actualmente, B y con probabilidad Σ se produjeron bajo la sombría penumbra del

predominio asiático; mientras que A y C surgieron a la luz del período más intelectual de la Iglesia primitiva.

Esta deferencia hacia B, constituyendo casi en una adulación supersticiosa, lleva a los dos ilustres profesores a seguirlo siempre que cuenta con el respaldo de testimonios apenas tenues de otras fuentes. Adoptan así todas las lecturas ya enumeradas en la introducción de este modesto tratado, junto con una vasta cantidad de otras de la misma índole.

Por ejemplo, hacen afirmar a san Marcos que la bailarina que demandó la cabeza de Juan el Bautista era la propia hija de Herodes Antipas y que su nombre era Herodías, en abierta contradicción con el relato de san Mateo editado por ellos mismos, y discrepando asimismo de la historia familiar consignada por Josefo. Nuevamente, en san Lucas presentan al Señor predicando en las sinagogas de Judea en el preciso momento en que, según san Mateo y san Marcos, pasaba el tiempo haciendo lo propio en las sinagogas de Galilea, y cuando debía encontrarse en esta última región de Tierra Santa conforme al contexto del pasaje mismo. Asimismo, en Hechos 10:19 se describe al Espíritu Santo diciéndole a san Pedro que dos hombres le buscaban, cuando el versículo séptimo había dejado en claro que eran tres; a saber: dos criados de Cornelio y un soldado de su guardia personal. Y en Hechos 12:25 se afirma que san Pablo y san Bernabé regresaron de Jerusalén a Jerusalén, cuando en realidad retornaban de Jerusalén a Antioquía. Por último —para no hacer demasiado numerosos los ejemplos de muestra—, los profesores omiten, y los revisores igualmente, «el precioso versículo» (san Mateo 17:21) «que declara que este género no sale sino con oración y ayuno», no obstante que solo tres manuscritos, B, $\aleph$ y 33, atestiguan por sí mismos en favor de la omisión frente a una multitud de testigos diversos.

Este servil sometimiento a B, frente a testimonios copiosos, puede observarse asimismo en su presentación de los nombres propios. Tales son Melitene por Melita, patentemente un descuido de copia; Nazara en dos pasajes únicamente por Nazareth; Beezebul por Beelzebul; Joanes por Joannes; las formas truncadas y toscas Koum y Golgoth; y —también un yerro de transcripción— el singular apelativo Titius Justus. Han modificado asimismo, contando con más razón y autoridad de su parte pero con una excentricidad innecesaria, el orden de los libros, disponiendo las epístolas católicas antes de las de san Pablo.

A tales desenlaces han sido guiados los profesores Westcott y Hort en obediencia a una teoría inexorable. No obstante, han sacrificado en ocasiones y hasta cierto punto su congruencia; como, por ejemplo, cuando han vacilado ante el desfiguramiento de la primorosa descripción de la caridad en san Pablo con la aseveración de que la caridad «no busca lo que no es suyo», atribuyéndole de ese modo, junto a numerosos y sublimes rasgos, la mera exención de violaciones notorias a los mandamientos octavo y décimo. Mas este valor intermitente no les priva de admitir que semejante despropósito pudiera acaso no haber ofendido el gusto inspirado de san Pablo, por cuanto han consignado en su margen este torpe desatino del copista de B.

La teoría de los profesores de Cambridge que da lugar a semejantes resultados será expuesta y depurada en el capítulo siguiente. Pero debe advertirse aquí una característica de ella. Los autores aportan el sustento más débil a partir de evidencia efectiva; por ingenioso que sea, su hilo argumental «se halla del todo desprovisto de fundamento histórico». El doctor Hort no ofrece un

despliegue de autoridades en el texto ni en las notas, ni edifica su teoría sobre hechos admitidos o demostrados.

El sistema expuesto de esta suerte cobró mayor notoriedad al ser adoptado primordialmente por «dos miembros del comité del Nuevo Testamento» en su defensa del texto griego de los revisores. Nadie puede leer su escrito ni examinar las lecturas acogidas por una mayoría de los revisores y amparadas por ellos sin percatarse de que, si bien su proceder es independiente en ciertos aspectos respecto a los doctores Westcott y Hort, sostienen en lo fundamental los principios predicados por aquellos ilustres varones. En efecto, en la Versión Revisada se prefieren con frecuencia alteraciones supeditadas únicamente a B y $\aleph$, y en ocasiones a B en solitario con algún otro respaldo secundario, por encima de las lecturas del Textus Receptus, no obstante estar estas últimas tan copiosa y firmemente avaladas que, bajo ningún otro criterio que no fuera una extrema deferencia hacia dichos unciales, podría desestimarse semejante dictamen.

El patrocinio y respaldo de varones tan eruditos e ilustres debe acarrear un gran peso. Y surge la interrogante de si no es tan concluyente como para guiar a cuantos admiran sus virtudes eminentes a atenerse a sus dictámenes. ¿O resulta concebible que, como ocurre en la historia de buena parte del pensamiento humano, aun ellos se hayan visto inducidos a tomar un rumbo extraviado en sus primeros días y hayan descendido a un valle sugestivo en sí mismo, pero del cual han quedado vedadas las mejores panorámicas? Por extraño que pudiera antojarse semejante desenlace, los resultados de la presente investigación parecen apuntar taxativamente en ninguna otra dirección. Y tal es la postura sostenida por personalidades tan distinguidas en este ámbito como los partidarios de las opiniones que acaban de reseñarse.

IV. Signos de madurez venidera

La crítica textual no se hallaría gobernada por los principios que rigen todos los movimientos del pensamiento humano si la prosecución resuelta de una senda tan circunscrita como la adoptada en fechas recientes no provocara una reacción en sentido opuesto. Surgió consecuentemente una férrea resistencia en el seno del comité de revisores, sostenida por una firme minoría encabezada por el doctor Scrivener, el más distinguido crítico textual de su tiempo, y secundada tácitamente por integrantes del comité que se habían retirado de sus funciones, amén de otros asiduos estudiosos de la materia, tales como el decano Burgon y el canónigo Cook. Y su defensa ha fructificado en la doctrina de una escuela rival en pleno apogeo, bajo la cual se ensancha la base y el edificio se va erigiendo a partir de la totalidad de los materiales al alcance.

1. El trabajo consagrado por el doctor Scrivener a la crítica textual es ampliamente conocido gracias a su admirable *Introduction to the Science* (Introducción a la ciencia), un manual que deja poco o nada que desear. La probidad del doctor Scrivener, así como la consideración paciente y concienzuda que presta a cada punto planteado y a cada opinión asentada en la inteligencia, destacan en todo cuanto ha redactado en torno a esta disciplina. Y su fidelidad, aspecto de capital importancia en estos temas, se ubica en la cúspide de la labor editorial y de cotejo. «Dígase la verdad —manifiesta el decano de Chichester—, C. F. Matthaei y él (es decir, el doctor Scrivener) son los dos únicos eruditos que han cotejado una cantidad considerable de códices sagrados con el grado de exactitud imprescindible».

En 1853, el doctor Scrivener publicó *A Full and Exact Collation of About Twenty Greek Manuscripts of the Holy Gospels* (Cotejo pleno y exacto de unos veinte manuscritos griegos de los Santos Evangelios). En su introducción expresaba: «Las páginas siguientes representan un modesto a la par que fervoroso intento por despertar entre los compatriotas de Bentley y Mill cierto interés por una rama de los estudios bíblicos que, durante más de una centuria, hemos cedido tácitamente a los eruditos del continente». El éxito de esta empresa, si bien restringido en aquellos días tempranos de la influencia del doctor Scrivener a un círculo relativamente reducido de letrados, ha resultado no obstante patente. A esta obra sucedió en 1859 *An Exact Transcript of the Códice Augiensis . . . to which is added a full collection of fifty manuscripts* (Transcripción exacta del Códice Augiensis . . . a la cual se añade una colección completa de cincuenta manuscritos). A ambos trabajos anteceden valiosas introducciones explicativas de los fundamentos de esta ciencia, comprensivas de debates acerca de cuestiones litigiosas tales como la existencia de familias de manuscritos, y pronunciamientos contrarios al uso parcial de unas pocas autoridades según lo preconizaban Lachmann y Tregelles. En 1864 dio a las prensas *A Full Collation of the Códice Sinaiticus* (Cotejo completo del Códice Sinaítico) (N), incorporando enmiendas a las erratas de las ediciones de Tischendorf sobre dicho testimonio. Y en ese mismo año editó para la Universidad de Cambridge un primoroso volumen que contenía el gran manuscrito de Cambridge (D). Estas obras, sumadas a su *Plain Introduction* (Introducción sencilla) ya referida, configuran sus tratados cardinales, mas no los únicos de su autoría.

El criterio seguido invariablemente por el doctor Scrivener postuló que todo testimonio ha de ponderarse en la crítica comparativa o textual; no de modo indiscriminado, empero, sino atribuyendo a cada cual su justo valor. No se aviene por ende en modo alguno a la sugerencia de relegar el Texto Recibido. Mas, en contrapartida, admitió con franqueza que la revisión era menester y se mostró llano a acatar el fallo inequívoco de las pruebas. Procedería con prudencia de vastos horizontes y hondo alcance; encareciendo que se extremaran los medios a fin de que todo documento, fuese del cariz que fuese, coadyuvara en su propio rango al afianzamiento de conclusiones maduras.

2. De edad aproximada al doctor Scrivener, aunque en posesión de una salud más firme, el decano de Chichester se erige como un paladín temible en idéntico bando. Su primer libro en este campo fue una vindicación de *The Last Twelve Verses of St. Mark's Gospel* (Los últimos doce versículos del Evangelio de san Marcos), publicada en 1871, en la cual, según el pronunciamiento del primer perito viviente en la materia, «ha vertido un torrente de luz sobre la controversia, sin que el tono alborozado de su escrito desdiga de quien se sabe paladín triunfante de una causa que le es en extremo entrañable». Hasta un juez tan severo como el señor Hammond concede la solidez y el buen suceso de sus tesis. Otra obra de su pluma, ungida por el ardor connatural al estilo polémico del decano Burgon, si bien rebosante de doctrina y erigida sobre cimientos singularmente sólidos y minuciosos —que, a lo que se vislumbra, muchos de sus adversarios no tienen la templanza de escudriñar con pulcritud—, es *The Revision Revised* (La revisión revisada), recopilación de ensayos aparecidos en la *Quarterly Review* (Revista trimestral) con adiciones consagradas primordialmente al texto controvertido de la Primera Epístola a Timoteo. Al margen de estas obras, el decano prosigue infatigable en su tarea, teniéndose noticia de que conserva copiosos materiales para verter a las prensas más adelante. Asimismo, sus *Letters From Rome* (Cartas desde Roma) (1862) y cartas varias dadas a la estampa con intermitencia en el periódico *Guardian*, junto con aportes a las reediciones de la obra de Scrivener *Plain Introduction* (Introducción sencilla) —a

cuya postrera entrega sumó noticias pormenorizadas de trescientos setenta y cuatro manuscritos inéditos para las letras—, constituyen el fruto de afanes sostenidos a lo largo de muchos años.

La postura del decano Burgon ha sido objeto de muchas tergiversaciones. Él no sostiene la infalibilidad del Texto Recibido, ni es un ferviente partidario del Códice Alejandrino (A); No se limita a contar sus autoridades ni a seguir a la mayoría, prescindiendo de su peso y valor; antes bien, sostiene que todas deben ser tenidas en cuenta; a que «la certidumbre del texto sagrado sea deducida privativamente de la concordancia armónica de la suma más alta de los mejores ejemplares, padres y versiones»; a que sea tenido por verdadero cuanto «goza de la atestiguación más remota, más copiosa, más difundida, más respetable y, sobre cualquier otra consideración, más diversificada»; a que todas las copias existentes sean concentradas y cotejadas con minuciosidad, las versiones fijadas críticamente y los padres dotados de índices analíticos antes de acometer con fruto la reforma del texto griego; a que la contrastación y el escrutinio evidencian sin réplica que los códices Vaticano (B) y Sinaítico (Σ) presentan textos realmente deficientes en lugar de buenos; y que todo debe fundamentarse en un testimonio externo concreto, no en las arenas movedizas de las conjeturas, las opiniones, el gusto y otras fuentes internas de inferencia. Cabe añadir que el decano Burgon supera a todos en su conocimiento de la evidencia patristica relativa a las variantes textuales.

3. Otro docto sostenedor de este enfoque en el debate es el canónigo Cook, redactor en jefe del *Speaker's Commentary* (Comentario del orador). Su disputa con el obispo de Durham concerniente a la traslación de la última súplica de la oración dominical —sobre la cual su postrera y más extensa epístola permanece hasta el presente sin respuesta—, así como su disertación sobre la *Revised Version of the First Three Gospels* (Versión revisada de los primeros tres Evangelios), han supuesto aportaciones de fuste al corpus documental de esta materia. Apacible, ponderado, contundente en el razonamiento, docto y elocuente, impugnó en este último tratado las posiciones axiales de la corriente antagonista con singular agudeza. Postula que los códices Vaticano (B) y Sinaítico (Σ) han sido blanco de una exaltación indebida; que el Alejandrino (A), el cual refleja puntualmente en los Evangelios el texto corriente en tiempos de san Juan Crisóstomo y sus insignes coetáneos, descuella con superioridad frente a ellos; que aquellos dos códices fueron trazados muy probablemente bajo la pauta de Eusebio; y que el aparato doctrinal y los silogismos de los profesores Westcott y Hort se hallan desprovistos de sustento incontestable.

De igual modo, aquellos eminentes letrados, los prelados Christopher y Charles Wordsworth —*Par nobile Fratrum*—, lamentándose al presente el deceso del primero de ellos, han alzado su voz en el mismo bando mediante exhortaciones dirigidas a la clerecía de sus diócesis, censurando entre otros extremos «el exceso de confianza depositado en determinados códices predilectos».

Tampoco desmerece esta postura de respaldo en el continente en la hora presente. En 1862, el doctor J. G. Reiche previno a los círculos académicos frente a las normas riesgosas preconizadas por Lachmann y la adhesión rayana en lo reverencial que se dispensaba en aquel entonces al texto de dicho erudito. Deploró con singular énfasis la costumbre introducida por aquel ilustre sabio de atender únicamente a un puñado de testimonios, advirtiendo señaladamente que no pocas versiones anteceden en antigüedad a todo manuscrito existente. En 1860, escribiendo desde Leiden, A. Kuenen y C. G. Cobet, en el prefacio a su edición del códice Vaticano, clamaron contra la idea de que la mayor vetustez de aquel ejemplar le otorgase un magisterio incontrovertible sobre los

demás. Lejos de ello, sentenciaron, abonando su juicio con un denso caudal de pruebas, que «no hay yerro de ningún jaez que no se descubra con frecuencia en dicho código, al igual que en todos los demás». Asimismo, al despuntar 1884, el doctor J. H. A. Michelsen, en el *Theologisch Tijdschrift* (Revista teológica), publicación mensual stampada en Leiden, sometió el texto de B y de $\aleph$ a un análisis riguroso. A la luz de indicios intrínsecos, tales como escolios trasplantados de otros pasajes, lecciones patentemente corrompidas mediando otras mejores, y omisiones de versículos y párrafos —todo ello abundantemente ejemplificado—, infirió que el denominado Texto Neutral dista de ser tan cabal como ponderan sus defensores, llamando la atención sobre la peligrosa transgresión del axioma *Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus*, la cual se halla implícita en la adopción de semejante modalidad textual.

A tales testimonios podemos aunar el firme consenso que alienta en la comunión romana de la Iglesia. Vercellone, editor de B, ya desaparecido, jamás comulgó con las premisas del textualismo extremo. Ceriani, de Milán, y un letrado articulista de la *Dublin Review* (Revista de Dublín), parecen personificar el sentir reinante en tales latitudes. Y el abate Martin, de París, propugna idéntico flanco de la controversia en sus minuciosos «Fascicules».

Se colegirá de esta sinopsis que, lejos de hallarse dirimidas las discrepancias entre los sabios y prontas a una resolución global investida de unánime consenso, pugnan actualmente dos escuelas rivales por alcanzar la primacía.

La una, de cuna alemana, se halla firme y diestramente sustentada en Inglaterra, concitando vasto apoyo entre los peritos en disciplinas bíblicas. La otra, capitaneada por el crítico textual de mayor fuste en nuestros días y respaldada con fervor por consumados teólogos, cuenta asimismo entre sus correligionarios a católicos romanos en Inglaterra y en el continente, incluyendo especialistas en Italia y otros confines. Es forzoso, en consecuencia, un examen mesurado y respetuoso a fin de que, tras contrastar y contrapesar las características de ambas escuelas, podamos saber, basándonos en consideraciones sólidas, cuál de los dos seguir.

Capítulo 4 La escuela del textualismo extremo

La teoría de Westcott y Hort explicada y refutada

«Un nuevo período comenzó en 1831, cuando por primera vez se elaboró un texto directamente a partir de los documentos antiguos sin la intervención de ninguna edición impresa, y cuando se llevó a cabo el primer intento sistemático de sustituir la elección arbitraria por el método científico en la discriminación de las variantes textuales». De esta manera, los principales maestros de la primera de las escuelas rivales atribuyen su fundación a Lachmann. Los doctores Westcott y Hort partieron de los principios de Lachmann y, al cabo de muchos años, los condujeron a su desarrollo natural y extremo en el elaborado sistema que han edificado, el cual es en lo sustancial aceptado y defendido por otros partidarios de esta escuela.

Por tanto, los rasgos primordiales de la doctrina de esta escuela, en la medida en que han sido expuestos públicamente hasta la fecha, pueden extraerse de la minuciosa introducción del doctor Hort.

En cuanto tienen de privativo de dicha escuela, admiten ser clasificados bajo los siguientes encabezamientos: evidencia interna, genealogía, familias o grupos, la falta de valor del texto sirio (así llamado) y la excelencia sobreeminente de B y de los demás representantes del texto neutral (así denominado).

1. Al abordar la evidencia divergente que se presenta de continuo en distintos pasajes, dos consideraciones cardinales, según nos indica el doctor Hort, se ofrecen a la vista; a saber: ¿cuál es en sí misma la lectura más probable?, y ¿cuál es el carácter de los documentos que la respaldan? Pues bien, en primer lugar, una lectura puede recomendarse por su propia verosimilitud. Puede ofrecer un sentido superior al de la palabra, frase, cláusula u oración rival. Puede avenirse mejor con el estilo de redacción del autor o con la materia de su composición, según se desprende de otros pasajes. Sin embargo, el doctor Hort no concede peso alguno a todo esto, e insta a considerar que la porción más relevante de la llamada evidencia interna estriba en el conocimiento del carácter de los documentos mismos en los que se hallan las lecturas. De ahí su primer principio: «El conocimiento de los documentos debe preceder a los juicios definitivos sobre las lecturas».

Ahora bien, el carácter de un documento, señala, depende: (a) primordialmente de su fecha; (b) luego, de la pureza o corrupción de su texto. El carácter del texto puede descubrirse mediante una amplia comparación de sus lecturas con otras lecturas confirmadas, siguiendo métodos rigurosos. Juzgados con este criterio, el manuscrito Vaticano en particular, y también el Sinaítico, resultan predominantes, no solo por causa de su vetustez sin rival, sino también por la excelencia de su texto.

2. Pero en este punto, según arguye el doctor Hort, entra en consideración otro factor de relieve. Los copistas transcribían a partir de documentos, y de esta manera un documento se convertía en el progenitor del siguiente. Así, somos introducidos al empleo de argumentos derivados de la genealogía. «Toda restauración fidedigna de textos corrompidos se funda en el estudio de su historia; esto es, de las relaciones de descendencia o afinidad que eslabonan los diversos documentos». De este modo, puede descubrirse, según estima el doctor Hort, que un manuscrito

procede de otro, y el peso de autoridad de ambos se reduce meramente al peso de autoridad que ostentaba el más temprano de los dos. De nuevo, se observa que dos o más documentos son tan semejantes entre sí que han debido ser transcritos, ya sea directamente o a través de uno o más ancestros intermedios, de un original común. En consecuencia, su autoridad combinada, por numerosos que sean, no excede la autoridad de su único original. Mas «la identidad de lectura implica identidad de origen»; y las líneas maestras de semejante original común pueden descifrarse en las semejanzas de los manuscritos, deduciéndose la pureza de un texto al desechar los vestigios particulares de corrupción. Así, tras un detenido examen, el doctor Hort infiere que B y N derivaron de un original común muy anterior a ellos mismos, «cuya fecha no puede ser posterior a los inicios del siglo segundo, y bien pudiera ser todavía más temprana». Esto haría retroceder a nuestra principal autoridad documental casi hasta los autógrafos apostólicos y la investiría de una importancia capital.

3. A idéntica conclusión arriba el doctor Hort partiendo de la consideración de las familias o grupos en los cuales distribuye él los documentos. La historia pone de manifiesto que un texto en gran medida uniforme ha prevalecido desde el tiempo presente remontándose hasta la segunda mitad del siglo cuarto. A este lo denomina texto «sirio» (1), afirmando que derivó su origen de una recensión efectuada en Antioquía, y que llegó desde allí a Constantinopla, por cuanto Antioquía fue la «verdadera progenitora eclesiástica de Constantinopla». Entronizado así en la capital oriental, devino dominante en el orbe cristiano. Empero, sostiene que existieron otros tres textos «que pueden ser identificados merced a numerosas lecturas distintivamente atestiguadas por grupos característicos de documentos conservados». Estos son denominados por el doctor Hort: (2) el occidental, que se localizaba en Italia, África y otras comarcas de Occidente, así como originalmente en Siria, y que abusaba de la paráfrasis y la interpolación, según se advierte en el Códice Beza (D) de Cambridge, su más relevante exponente subsistente; (3) el alejandrino, del cual apenas perviven testimonios; y (4) el neutral, exento de las peculiaridades de uno y otro, y del cual existen vestigios, «indubitables y elocuentes», «en los restos de Clemente y Orígenes, junto con el fragmento de Dionisio y Pedro de Alejandría», y «en cierta medida en los escritos de Eusebio de Cesarea, profundamente versado en la literatura teológica de Alejandría».

4. Parece, por consiguiente, prosigue el doctor Hort, que de estos cuatro tipos textuales, dos se hallan afectados por huellas peculiares de corrupción; a saber: el occidental, que degeneró en la paráfrasis y en la «incorporación de materia espuria», y el alejandrino, agobiado por faltas menores, tales como «paráfrasis incipiente y asimilación artificiosa». El neutral, el único de los dos restantes, se remontaba a las épocas más remotas.

El sirio es presentado como carente de valor, habida cuenta de que fue confeccionado en el siglo cuarto, extremo que se pretende demostrar de la siguiente manera:

(1) Se sostiene por el doctor Hort que el análisis de determinados pasajes, de los cuales se aducen ocho, prueba que el texto «sirio» se integró mediante una combinación ecléctica de las lecturas de los demás textos en una sola lección «conflada». Por ejemplo, en san Marcos 6:33, al concluir el versículo, la lectura «neutral» sería καὶ προῆλθον αὐτούς, la «occidental» συνῆλθον αὐτοῦ, suponiéndose que ambas se combinan en la «siríaca» en καὶ προῆλθον αὐτούς, καὶ f συνῆλθον πρὸς αὐτόν. El doctor Hort razona con cierta extensión que esta última cláusula malogra la dicción de san Marcos. Y de este y otros ejemplos análogos deduce la conclusión de que, en alguna revisión

provista de autoridad, los demás textos se fundieron en una «forma diáfana y completa, fluida y atrayente, mas apreciablemente empobrecida en sentido y vigor, más apropiada para una lectura superficial o para la recitación que para el estudio reiterado y concienzudo».

(2) Se presume llegar al mismo dictamen merced al testimonio de los padres antenicanos, ninguno de los cuales —se aduce— exhibe un texto «sirio». Los padres latinos, por descontado, citan el texto occidental; y se asevera que son secundados por Justino Mártir, Ireneo, Hipólito, Metodio y Eusebio. En los escritos de Clemente de Alejandría se postula el hallazgo de citas no occidentales a la par que occidentales, pero ninguna «siria»; y en los de Orígenes pueden encontrarse todas las demás clases de texto, mas ninguna, estima el doctor Hort, de fisonomía inequívocamente «siria».

(3) Esta premisa se corrobora, según sostiene el doctor Hort, por la evidencia interna de múltiples pasajes, bien que se admita que los artífices del texto «sirio» «pudieron haber copiado de algún otro texto igualmente antiguo y acaso más puro, hoy perdido por lo demás». Mas apunta el doctor Hort que el escrutinio revela que este texto fue elaborado por revisores a partir de los restantes, siguiendo ora a uno, ora a otro, ya modificando, combinando, cercenando, o bien introduciendo alteraciones de su propia cosecha cuando carecían de modelo al cual atenerse.

De ahí infiere el doctor Hort que «todas las lecturas definidamente sirias pueden ser descartadas, desde luego, por haberse originado de seguro después de mediados del siglo tercero, constituyendo, por ende, en lo atinente a la transmisión, corrupciones del texto apostólico». Llega incluso a afirmar que nada acreditan por sí solas, y que no siempre añaden fuerza a los testimonios de los demás textos, dado que pudieran ellas mismas derivar únicamente de los autógrafos primitivos a través de esos precisos textos.

5. Se sigue, a su juicio, que el texto neutral, allí donde puede comprobarse, permanece como el único exponente puro de las Sagradas Escrituras del Nuevo Testamento en su estado genuino. Ya se ha manifestado que, según su criterio, B y $\aleph$, los manuscritos primordiales portadores de este texto, gozan de singular preeminencia, merced a su antigüedad superior y en razón de la pureza de su lección. Consiguientemente, con leves salvedades, «las lecturas de $\aleph$ B habrán de ser aceptadas como las lecturas verdaderas mientras no se descubra prueba interna concluyente en contrario, y ninguna lectura de $\aleph$ B puede desecharse con seguridad de manera absoluta, bien que a veces resulte acertado situarlas únicamente a título alternativo, máxime donde no reciben refrendo alguno de versiones o padres». De los dos, B es el más puro, el cual «ha de ser considerado como depositario no solo de un texto sumamente antiguo, sino de una línea extraordinariamente pura de texto antiquísimo», habiendo tropezado $\aleph$ en su trayectoria con «al menos dos textos aberrantes primitivos». Cuando, en consecuencia, B comparece junto a cualquier otro manuscrito principal en solitario, sin $\aleph$, sus lecturas ostentan casi de continuo «el sello de la autenticidad». E «incluso cuando B comparece en total soledad, sus lecturas jamás deben desestimarse a la ligera».

Tales configuran, hasta donde los presentes límites consienten, los postulados capitales de la doctrina de los doctores Westcott y Hort. Si ha sido bosquejada de modo imperfecto, no obedece ello a falta alguna de empeño en hacerle plena justicia.

Y a decir verdad, aun cuanto aquí se ha expuesto, y con mayor motivo las prolijas disertaciones contenidas en la introducción y al término del texto del Nuevo Testamento griego, han de

conmover hondamente a cualquiera ante la paciente sagacidad, la agudeza crítica y el dominio de la disciplina demostrados por aquellos insignes varones.

Empero, el discernir si esta teoría posee un cimiento firme y macizo capaz de resistir los embates del dilatado análisis y la rigurosa disección que indefectiblemente habrá de encarar, o si a decir verdad cuenta con basamento alguno, resulta cuestión bien dispar. El desate que brinda a todo trance es sospechosamente llano. Equivale casi a proclamar: «No os afanéis por las demás autoridades; atended a B y a N, que os suplirán cuanto habéis menester». ¿Cómo puede reputarse lícito arrojar al viento no menos de cuatro quintas partes de la evidencia —si no es que una porción inmensamente mayor— para deducir las conclusiones privativamente del remanente? Semejante proceder no puede sino acarrear su propia censura. Y al escrutar y aquilatar la teoría, lo primero que salta a la vista de un espíritu lógico es que contempla una silueta presuntuosa y soberbia que, ante una inspección más rigurosa, se disuelve en una mera acumulación de nubes sobre nubes. No existe suelo firme para el pie del investigador. El cariz impalpable y nebuloso de las indagaciones contrasta de modo singular con la gravedad y el fervor del autor. Median abundantes consideraciones, conjeturas, probabilidades y generalizaciones deducidas tanto de pormenores notorios de la historia como de datos atesorados en la memoria o en los apuntes privados de los tratadistas; empero, un despliegue de hechos con fuerza bastante para consolidar satisfactoriamente cada avance se halla del todo ausente, al tiempo que los saltos prodigados por la encendida especulación, salvando aquí y allá anchos abismos, denuncian la fragilidad del terreno hollado. Se precisan pruebas, y no se suministra prueba valedera alguna. En verdad, raras veces se habrá formulado una teoría con tan pocos hechos por basamento.

Pasando ahora a la revisión de los juicios generales que se formulan, topamos con muy escaso peso atribuido a aquella evidencia interna afianzada en hechos inequívocos o en el recto sentido, y con un exceso de crédito asignado a una clasificación de códigos supeditada con exclusividad al arbitrio particular. El juez genuino de la evidencia interna es el intelecto santificado, al aplicar los dictámenes, no de espíritus aislados de temple peculiar, ni de escuelas particulares de opinión neutralizadas por escuelas rivales, sino del pensamiento corporativo de la Iglesia, reposando sobre un fundamento límpido de sensatez o de realidades, aquilatadas en el vigoroso ejercicio de la inteligencia. Y la iluminación del entendimiento santificado dimana del Gran Inspirador de las Sagradas Escrituras mismas, intérprete fidedigno de su tenor y sentido, manantial de toda fortaleza cognoscitiva en el orbe: el Espíritu Santo del Dios eterno. Mas nada escuchamos de semejante discernimiento en los labios de la escuela textualista extrema; y de esta suerte dejan tras de sí el sentido común, viniéndose a asegurar que el costado del Señor fue traspasado antes del deceso, que el sol se eclipsó mediando luna llena, y que cabe la contingencia de que san Pablo hubiera añadido a las excelsas virtudes de la caridad el que esta, efectivamente, se abstiene de procurar lo ajeno. Por otra parte, inferencias tales como las extraídas de las propensiones connaturales o consabidas de los amanuenses habrán de emplearse con mesura, no pudiendo sobrellevar cuantioso peso en presencia de atestiguación positiva. Y los dictámenes acerca del carácter interno de los documentos, a menos que alcancen general acogida dentro de los confines de la ciencia o se amparen en fundamentos explícitos, aducidos y transparentes, no pueden ser recibidos por sillares sobre los cuales edificar. Aun la mera antigüedad, ante la escasez de comprobaciones, deviene un instrumento excesivamente tosco de resolución relativa. La tasación comparativa del mérito de un origen remoto no se computa de modo forzoso por centurias o decenios, habida cuenta de que parte del entorno de las edades más remotas distó de ser óptimo, pudiendo cualquier testimonio acusar

su influjo, al paso que otro de factura más reciente acaso se halle más preservado de tales perturbaciones. No nos retrotraemos privativamente a la época antenicensa en busca del canon escriturario, so pena de hallar asidero para comprender la Epístola de san Bernabé en el catálogo de los libros sagrados. A un mismo tiempo, de topar con un venero impoluto de la mejor vetustez, no erraremos la senda acertada. Por añadidura, cabe una dilatada discrepancia de criterios en torno a la pureza de cualquier texto. Los doctores Westcott y Hort, así como otros letrados, justiprecian a B y a $\aleph$ en grado sumo. Cabría acaso poner en entredicho si tal fuera el juicio de los críticos de aproximarse a ellos ignorando su identidad. El doctor Scrivener, con temple apacible y desapasionado, sitúa la estima bastantes peldaños más abajo. El decano Burgon, asistido de razones llanas y terminantes, los califica de harto deficientes. Kuenen y Cobet aseveran que B se halla plagado de incorrecciones. Hasta tanto se alcance avenimiento, resulta patente que premisas tan mudables e inconsistentes no pueden constituir fuste valedero para fábrica alguna.

Tócanos ahora la genealogía. Aquí acechan patentemente los escollos connaturales a la analogía erigida en sostén de un argumento. El raciocinio es certero en la medida en que resulta inviable confeccionar un ejemplar pulcro dechado de una matriz defectuosa, bien que en leve grado la gravitación exterior, tal como el recuerdo en el amanuense de una guía superior, pueda beneficiar en algo a la progenie, a la manera del trato virtuoso o los frutos del estudio; o bien, en segundo lugar, en lo tocante a la verosimilitud de que tanto los rasgos superiores como los defectuosos se perpetúen en las transcripciones dimanadas de ella. De nuevo, se nos asevera que, «en cuanto las relaciones genealógicas se descubren con cabal certidumbre», «al hallarse directamente imbricadas en realidades históricas», «su cimiento inmediato es histórico y no conjetural». Mas a decir verdad, por cuanto «ningún eslabón singular en la descendencia puede ser presentado; dicho en otros términos: no subsiste indicio genealógico alguno», todo deviene contingente en vez de histórico, careciéndose de premisas y, consiguientemente, de inferencia. Entre la realidad de los hechos y la supuesta resolución media no pocas veces un vasto trecho en el cual la especulación resulta sobremanera presta a deslizarse.

A guisa de ilustración, cuando el doctor Hort aduce que la consonancia mutua de aquellos numerosos unciales comprendidos en lo que da en llamar clase siria demuestra que procedieron de un solo ascendiente, y que aun superando largamente en cómputo a $\aleph$ y a B, solo pueden ostentar a lo sumo la autoridad de un ancestro contrahecha a la de otro ancestro, desatiende por entero la presunción de que una cifra superior de vástagos dimanó de una cifra superior de progenitores, y que la mayoría acaso se halle retrotraída meramente de una generación a la antecedente. A decir verdad, el razonamiento genealógico —tal cual se presenta— encamina al indagador desprejuiciado hacia conclusiones diametralmente contrarias a las del doctor Hort.

Asimismo, al presumirse que el ascendiente común de $\aleph$ y B cobró ser a comienzos del siglo segundo, media, en lo tocante a genealogía, un olímpico desdén hacia la evidencia elemental de que las generaciones pudieron sucederse tan velozmente como lo consintieran las plumas de los escribas; y de que tras la ruina generalizada de ejemplares durante la persecución de Diocleciano y Galerio, resulta prácticamente inconcuso que la transcripción debió de desenvolverse a ritmo acelerado. La genealogía se torna, por ende, engañosa, por cuanto no brinda asidero para determinación cronológica alguna, sugiriendo de hecho una analogía falaz. Si sobre otros fundamentos se trata de una deducción meramente hipotética, el tino de letrados tan experimentados como los doctores Westcott y Hort resulta acreedor a respetuoso miramiento.

Empero, no puede recabar el refrendo de estudiosos ajenos a su escuela en tanto no se pruebe su arraigo en testimonios fehacientes y debidamente acreditados.

Pero el principio de la genealogía debe considerarse tanto del lado de los descendientes como del de los ancestros. Los manuscritos en alta estima debieron haber sido copiados en gran número. ¿Acaso la gran época de Crisóstomo, de Basilio y de los Gregorios, cuando se fijó el canon de las Escrituras y se consolidó la fe de la cristiandad, era tan ignorante del valor de los textos puros que los eruditos dejaron que languideciera en la oscuridad y el desuso el tipo verdadero conservado en al menos dos ejemplares preeminentemente buenos? Sin embargo, mientras que la otra forma de texto cuenta sus copias por muchos centenares, el doctor Hort computa solo doce manuscritos neutrales en todos los Evangelios. ¿Puede interpretarse este hecho como otra cosa que una condena deliberada e incesante de los dos documentos sometidos a investigación? No faltan pruebas accesorias de que el carácter de los pasajes disputados y de los manuscritos fue objeto de detenido debate durante esta época y las subsiguientes. Resulta inconcebible que, en medio de la abundancia de documentos discrepantes, y en un tiempo en que el intelecto literario del mundo se hallaba consagrado a cuestiones eclesiásticas y los testimonios de las obras pasadas eran celosamente archivados, pudiera haber existido semejante descuido de la pureza de los sagrados escritos de la Iglesia, tal como lo da por sentado el doctor Hort. La profusión de comentarios coetáneos veda semejante suposición. Por tanto, los manuscritos Vaticano y Sinaítico no pueden sino padecer un descrédito harto severo a causa de su carencia de continuadores.

Por otra parte, la teoría de las familias, o grupos, de manuscritos no puede sostenerse de ninguna forma definida o claramente perfilada. Desde que fuera formulada por primera vez por Bentley, ha experimentado modificaciones constantes. Los cimientos dispuestos por un maestro han sido trastocados por su sucesor, cuyas propias excavaciones y macizos de argamasa han sido rehechos por el siguiente. Las dificultades a las que se han visto conducidos los artífices de una teoría inexorable quedan demostradas por la partición de un manuscrito, a imitación del fallo salomónico, en porciones que se suponen pertenecientes a tres familias. El doctor Scrivener acierta con certeza al calificar este procedimiento como «aquella hipótesis violenta y en extremo inverosímil de que el Códice A sigue a la clase bizantina de autoridades en los Evangelios, a la occidental en los Hechos y las epístolas católicas, y a la alejandrina en san Pablo».

Mas podría interrogarse: ¿no asiste entonces verdad alguna a la asignación de caracteres a los manuscritos, o a clasificación de índole alguna? Y la respuesta de un investigador imparcial debe ser que acaso medie cierta cuota de justicia en la identificación de rasgos característicos, pero que debe guardarse suma cautela de no concederle excesivo relieve, y ciertamente de no trazar unas cuantas líneas gruesas y sombrías que deslinden un territorio de otro. Y muy en especial, las generalizaciones forjadas sobre la inducción que el caso consiente habrán de emplearse con suma parsimonia en razonamientos deductivos, so pena de hacer temblar a la lógica.

Y por lo que atañe a las familias o grupos propuestos por los doctores Westcott y Hort, median, a no dudarlos, cuantiosos documentos que respaldan ordinariamente el Texto Tradicional, así como median otros que abogan por lo que ellos denominan el Texto Neutral, y otros más que sustentan lecturas occidentales. Y se hallan muchos que militan en bandos opuestos; compareciendo de vez en cuando en el contrario la mayoría de los que habitualmente figuran en uno. Median asimismo lecturas occidentales y lecturas alejandrinas. Mas la existencia de un texto «alejandrino», diferenciado de su texto «neutral», resulta más que dudosa. La descripción que de él brinda el

doctor Hort es de lo más vaga, y los materiales convictivos, únicos a los que puede aludir, son de lo más exiguos.

Llegamos ahora a la posición que descansa sobre la supuesta posterioridad del denominado texto sirio. Nos hallamos aquí de nuevo en el terreno de la pura especulación desprovista de testimonios históricos. El doctor Hort presume, en primer término, que se verificó una recensión de la antigua versión siria —la cual sostiene esta escuela que se hallaba representada por la versión curetoniana— en algún punto comprendido entre los años 250 y 350 d. C., en Edesa, en Nísibis o en Antioquía. El fruto de esta recensión sería, según se afirma, la versión Peshita, la cual venía remitiéndose tradicionalmente al siglo II. Valga observar de paso que los textualistas extremos precisan deshacerse de la Peshita, so pena de que esta atestigüe con incómoda antelación, con anterioridad al siglo cuarto, en favor del texto «sirio». Bien puede apostillar el doctor Hort que «aun para formular conjeturas los materiales resultan escasos». Mayor lealtad a los hechos habría guardado manifestando: «para semejante conjetura se carece de materiales en absoluto, debiendo por ende ser abandonada».

Empero, los doctores Westcott y Hort afirman asimismo que, con posterioridad a ello, se llevó a cabo en Antioquía una recensión dotada de autoridad y de alcance muy superior, la cual desembocó en la configuración del texto «sirio» de los Evangelios en griego, estructurado sobre la Vulgata, o versión siríaca común. ¿Qué testimonio subsiste en parte alguna de proceder tan trascendental? Una recensión, adviértase bien, tan profunda y tan arrolladora en sus consecuencias que, con arreglo a la tesis que nos ocupa, debió de emplazar el texto resultante en una posición tan preeminente que este ha señoreado a lo largo de quince centurias sin rival alguno. ¿Cómo pudo verificarse esto sin una empresa de tal magnitud y renombre que su noticia no cundiera por doquier? A no dudarlo, debió constituir un nuevo Concilio de Nicea, o cuando menos un Concilio de Arimino. Semejantes desenlaces no pudieron brotar de un misterio análogo al del viento invisible. Sin embargo, no media rigurosamente registro alguno en los anales —por no referirse ya a un concilio eclesiástico— de ningún suceso singular que abone la presunción de que jamás tuviera verificativo semejante revisión revestida de autoridad. Ciertamente, nunca se ensayó tentativa semejante de encajar una ficción tan palmaria en la historia. Mas al margen de ello, las argumentaciones en pro de la conformación de un texto nuevo en el siglo cuarto se derrumban por entero.

(1) La atestiguación circunscrita a tan solo los ocho ejemplos aportados no basta ciertamente para evidenciar la existencia de tal «conflación», o amalgama ecléctica de supuestos textos foráneos en una lectura mixta a través de todo el Nuevo Testamento. Mas admitiendo por un momento que estos ocho fueran dechados de lo que se reitera constantemente, ¿quién, fundado exclusivamente en indicios intrínsecos, puede sentenciar de modo categórico qué es posterior: el texto íntegro o sus porciones respectivas? A no dudarlo, el conjunto articulado, al que el doctor Hort (p. 134) le reconoce «claridad y plenitud» y declara «enteramente irreprochable por motivos literarios o religiosos en lo tocante a dicción vulgarizada o indigna», ostenta mejor derecho a ser considerado la redacción primitiva que cualquiera de sus fragmentos disgregados. La omisión debe reputarse falta verosímil en todo amanuense; y ejemplos incuestionables acreditan que los copistas de X y B fueron transgresores consuetudinarios a este respecto. Por lo que toca al carácter de los textos, no pocos doctos diferirían de los doctores Westcott y Hort respecto a la estima que profesan a una aspereza propia de Tucídides.

(2) En lo atinente a la presumible ausencia de lecturas del Texto Tradicional en las obras de los padres antenicanos, el doctor Hort echa mano con holgura de su imaginación y sus anhelos. La persecución de Diocleciano constituye también aquí la causa de abundante orfandad documental. Pero ¿se da verdaderamente tal penuria de estas lecturas en los escritos de los primeros padres como se asegura? El doctor Scrivener sostiene que el doctor Hort se pronuncia con excesiva ligereza. Aparte de esto, el decano Burgon ha aducido contra las lecturas defendidas por la nueva escuela más de cincuenta autoridades tomadas de testimonios antenicanos sobre cinco pasajes. ¿Han de computarse estos diez testimonios en promedio por cada pasaje como extraños al Texto Tradicional, o no más bien como indicios patentes de una cuna remota que se retrotrae hasta la edad apostólica? Al margen de los padres, varias de las versiones —señaladamente la Peshita, adscrita por los más avezados críticos al siglo segundo—, que anteceden en antigüedad a todo manuscrito, dispensan frecuente refrendo a las lecturas del Texto Tradicional.

(3) Cuanto se asevera en torno a la evidencia interna resulta con demasiada vago y nebuloso para sostener resolución tan tajante. Y se contrapesa con la franca concesión de que, al fin y a la postre, las variantes privativas del Texto Recibido bien pudieran provenir de «algún texto igualmente antiguo y acaso más puro, hoy perdido por lo demás». Lo que al doctor Westcott y al doctor Hort se les antoja prueba intrínseca en cada caso no se lo parece a los demás. ¿Dónde se asienta la roca en medio de esta arriesgada tolvana de arenas?

Nos vemos abocados, por ende, al carácter de X y B como el último baluarte de la tesis en cuestión.

Y no podemos sino quedar impresionados ante el formidable argumento a su favor. Constituyen los códices de más antigüedad que subsisten. Son en extremo elegantes y en ciertos aspectos se hallan completos. Su pronunciamiento, a juicio de casi todos los peritos, resulta acreedor a reverente miramiento.

Sin embargo, al margen de que no aventajan en gran antigüedad a A y C, ¿cómo logran superar los doctores Westcott y Hort el dato primordial de que estos códices carecieron prácticamente de continuadores en los siglos subsiguientes, quedando por tanto sentenciados por la antigüedad católica? Fueron producidos probablemente en torno a los años 330-340 d. C., poco antes de fijarse el canon de las Sagradas Escrituras, cuando la materia general de las Sagradas Escrituras hubo de someterse forzosamente a escrutinio. Se anticiparon apenas al período más fecundo en inteligencia de la Iglesia primitiva, cuando los talentos más esclarecidos del orbe se consagraban a determinar los lineamientos exactos de «la fe que ha sido una vez dada a los santos». ¿Cómo habrían de eludir estos varones la dedicación de un cuidado singular al texto sagrado? Tenemos noticia de que san Jerónimo así lo verificó sobre las versiones latinas. Y la circunstancia, reconocida una y otra vez por el doctor Hort, de que un texto uniforme ha prevalecido desde aquel trance hasta nuestros días, conforma por sí sola, a no dudarlo, un repudio incontestable de este pretendido «texto neutral».

Asimismo, el período en que vieron la luz estos dos manuscritos resulta instructivo. Aconteció cuando la Iglesia se hallaba prácticamente en manos del semiarrianismo; sobre esto no media duda alguna. Mas se columbra también sumamente probable que fueran elaborados bajo la pauta de Eusebio de Cesarea, corifeo del partido semiarriano. El copista del Vaticano B es tenido por Tischendorf, con el asentimiento del doctor Scrivener y por confesión del propio doctor Hort,

como partícipe en la transcripción de parte del Sinaítico $\aleph$. La fecha de su factura, precisada por otras razones, coincidió con la coyuntura en que Constantino comisionó a Eusebio la confección de cincuenta manuscritos de las Sagradas Escrituras para remitirlos a Constantinopla. Estos dos manuscritos se encuentran sin rival por la belleza de su caligrafía y de la vitela en la que se hallan trazados, respondiendo en todo sentido con exactitud a lo que cabría esperar de un encargo ejecutado en acatamiento a una orden imperial.

Y, según se ha consignado previamente, el texto de estos dos manuscritos dista de ser tan irreproachable como resultaría menester si fueran acreedores a figurar en el elevado sitio que les reservan sus entusiastas valedores. El decano Burgon, tras cotejos prolongados a lo largo de cuantiosos años, ha proporcionado cifras que parece de todo punto imposible controvertir. Los estigmas de negligencia patentes en ellos, reinantes en grado sumo en $\aleph$, riñen con la perfección. Tischendorf, tras cotejar B, da cuenta de las incorrecciones que afloran de parte a parte. El doctor Dobbin computa 2.556 omisiones en B hasta Hebreos 9:14, donde se interrumpe. Vercellone, su editor, refiere «omisiones perpetuas», «de medio versículo, de un versículo entero y aun de varios versículos». Esto es puntualmente lo que el escrutinio desvela; siendo $\aleph$ a todas luces peor. Con todo, sin duda, haciendo nuestras las medidas expresiones del doctor Scrivener, «concedemos al Códice B cuando menos idéntico peso que a cualquier documento subsistente». Mas no podemos estar de acuerdo con quienes evalúan a este o al Sinaítico con desmedida ponderación; y el hecho de comparecer ambos con frecuencia junto a unos pocos testimonios en pequeña minoría ha de movernos de continuo a escudriñar su atestiguación con suspicacia y celo, a no ser que cuenten con poderoso refrendo.

Carácter de B

Juzgado por las normas comunes de la crítica, el texto de B dista grandemente de gozar de una jerarquía tan excesiva como para justificar el acatamiento desmedido que el textualismo extremo reclama para él. Así, aparte de las graves imperfecciones reseñadas con antelación, topamos en presencia de variantes superiores bien atestiguadas:

(1) Omisiones de un versículo entero, o de un pasaje más amplio, con visos plenos de autenticidad intrínseca:

Mateo 12:47; 16:2, 3 (un versículo y ocho palabras); 18:11; 23:14; Marcos 7:16; 9:44, 46; 11:26; Lucas 17:36; 23:17; Juan 5:3, 4 (un versículo y cinco palabras); Hechos 24:6, 7, 8 (un versículo y catorce palabras); 28:29; Romanos 15:24.

(2) Omisiones similares de más de tres palabras:

Mateo 5:44 (12 palabras); 20:16 (7); 22 (6); 23 (7); 28:9 (7); Marcos 6:11 (15); 33 (4); 36 (4); 8:26 (6); 10:7 (6); 24 (5); 11:8 (5); 12:30 (4); 33 (5); Lucas 1:28 (salutación angélica, 4); 4:4 (5); 5 (5); 6:45 (5); 8:16 (6); 43 (6); 9:55, 56 (24); 10:22 (8); 11:44 (4); 17:19 (5); 24 (4); 22:64 (6); 24:1 (4); 42 (4); Juan 1:27 (7); 3:13 (5); 8:59 (7); 13:32 (6); 16:16 (6); Hechos 15:18 (7); 24 (6); 18:21 (11); 21:22 (4); 25 (6); Colosenses 3:6 (5); 1 Tesalonicenses 1:1 (8); Hebreos 2:7 (9); 7:21 (4).

(3) Omisiones breves pero de importancia:

Mateo 1:25 αὐτῆς τὸν πρωτότοκον; 5:22 εἰκῆ; 6:4, 18 ἐν τῷ φανερῷ; 26:28 καινῆς (palabras de la institución); Marcos 9:29 καὶ νηστεία; 10:6 ὁ θεός; 10:21 ἄρας τὸν σταυρόν; 13:18 ἡ φυγὴ ὑμῶν; 14:22-24 φάγετε-τὸ-καινῆς (palabras de la institución); 14:68 καὶ ἀλέκτωρ ἐφώνησεν; Lucas 6:1 δευτεροπρώτῳ; 6:26 οἱ πατέρες αὐτῶν; 24:53 αἰνοῦντες καὶ; Juan 6:51 ἦν ἐγὼ δώσω; 14:4 καὶ ... οἶδατε; Hechos 3:6 ἔχειται καὶ; 10:30 νηστεύων καὶ; 2 Corintios 5:14 εἰ; Efesios 1:1 ἐν Ἐφέσῳ; 1:15 τὴν ἀγάπην τὴν. Asimismo, la omisión reiterada del artículo, de αὐτὸς, de Κύριος, de ὁ Ἰησοῦς y de sujetos afines, infunde una aridez desapacible al texto. Que muchas de estas omisiones, cuando menos, obedecieron a la negligencia, lo pone de manifiesto el hallarse varios pasajes escritos dos veces. —Scrivener, p. 116.

(4) Lecturas inferiores a las del Texto Tradicional:

Mateo 11:16. παιδίοις ... ἃ, κ.τ.λ. en lugar de participios concordantes.

Las argumentaciones expuestas por ende por la escuela del textualismo extremo o, como acaso debiera denominarse, extravagante, se vienen abajo a todo lo largo de la línea. Y nos vemos compelidos a buscar un emplazamiento seguro entre las defensas de la escuela adversaria.

Mateo 15:13 [sic, léase 15:14]. omisión de τυφλῶν.

16:12 τῶν ἄρτων por τοῦ ἄρτου.

17:22 συστρεφομένων por Ἀναστρεφομένων.

17:23 τῇ τριημέρᾳ por τῇ τρίτῃ ἡμέρᾳ.

Marcos 2:5, 9 ἀφίενται por ἀφέωνται; ¡es decir, sus pecados no le eran perdonados entonces de hecho!

3:29 ἔνοχος αἰωνίου ἁμαρτήματος por κρίσεως.

16:4 ἀνακεκύλισται por ἀποκεκύλισται.

Lucas 2:14 ἐν ἀνθρώποις εὐδοκίας. Falto de cadencia y de sentido inferior.

12:56 Reiteración desmañada de οὐκ οἶδατε δοκιμάζειν por δοκιμάζετε.

22:55 Περιανθάντων δὲ πῦρ por Ἀψάντων.

Hechos 27:13 περιελόντες por περιελθόντες.

Romanos 5:1 ζάρκινος por ζαρκικός.

1 Corintios 3:1 σαρκίνοις por σαρκικοῖς.

Santiago 1:20 ἐργάζεται por κατεργάζεται.

2 Pedro 2:12 καὶ φθαρῇσονται por καταφθαρῇσονται.

(5) Cambios obviamente perjudiciales para el sentido:

Mateo 11:23 Demasiado parecido a un escarnio, en lugar de un dolor digno.

14:29 ἦλθεν por ἐλθεῖν. San Pedro vaciló al ir.

28:19 βαπτίσαντες por βαπτίζ, —presumiendo que los discípulos debían hacerse después de ser bautizados, y no mediante el bautismo.

Marcos 7:31 [en el texto: 7:3] διὰ ζίδωνος. Un solecismo geográfico.

Lucas 10:42 ὀλίγων δὲ χρεία ἐστὶν ἢ ενός.

16:12 ἡμέτερον por ὑμέτερον, —un desacierto patente.

Hechos 25:13 ἀσπασάμενοι por ἀσπασόμενοι; ¡es decir, saludaron a Festo primero y luego fueron a verle!

1 Corintios 13:3 καυχῶμαι por καθήσωμαι.

1 Thesalonicenses 2:7 νήπιοι por ἥπιοι.

Tito 2:5 οἰκουρούς ἀγαθὰς por οἰκουρούς.

(6) Alteraciones que vician o malogran la gramática:

Mateo 8:5 εἰσελθόντος αὐτοῦ προσῆλθεν αὐτῷ.

15:32 ἡμέραι por ἡμέρας. Tosco trueque de sujeto gramatical.

15:39 τὸν πλοῖον.

21:19 οὐ ηκέτι γένηται.

Marcos 3:28 βλασφημία ὅσα ἐὰν βλασφημήσωσιν (ὅσας ἂν)

6:21 θυγατὶς ὀρχησαμένης el sujeto de ἤρεσεν.

11:19 ὅταν ἐγένετο.

11:22 ὃ ἐὰν εἴπῃ.

13:14 τὸ βδέλυγμα ... ἐστηκότα.

14:35 ἔπιπτεν por ἔπεσεν. Manifiestamente el tiempo verbal incorrecto.

Lucas 17:6 εἰ ἔχετε (por εἵχετε) ἐλέγετε ἂν.

Hechos 16:13 οὗ ἔνομιζομεν (por ἐνομιζέτο) προσευχῇ εἶναι.

13:7 [sic, léase 23:7] τῶν Φαρισαίων καὶ (omite τῶν) Σαδδουκαίων.

Romanos 5:1 ἔχωμεν por ἔχομεν.

1 Pedro 3:1 ἵνα κερδηθήσονται (por -σονται). Así Lucas 14:10: ἵνα ἐρεῖ.

Esta lista podría ampliarse holgada y prolijamente, habida cuenta además de que la defectuosa ortografía —por llamar al pan, pan y al vino, vino— resulta constante en este códice. Véase Scrivener, *Plain Introduction* (Introducción sencilla), págs. 543-552; Burgon, *The Revision Revised* (La revisión revisada), págs. 315-317, y los pasajes allí señalados; Cook, *Revised Version* (Versión revisada), págs. 136-141; Michelsen, en *Theologisch Tijdschrift* (Revista teológica), enero de 1884; véase asimismo Kuenen y Cobet, *Novum Test. ad fidem Cod. Vaticanum* (El Nuevo Testamento según la fe del códice Vaticano), Leiden, 1860, Praefatio. X es unánimemente considerado en todas partes, excepto ante la mirada complaciente de Tischendorf y de unos cuantos devotos aquí y allá, muy inferior a B.

Capítulo 5 La escuela rival

Postulados de la escuela rival y sólida expuestos y examinados

Al tratar sobre el textualismo extremo, se ha tomado tanto de las descripciones formuladas por la escuela rival —la cual en años recientes ha sido conocida quizás principalmente por su resistencia a dogmas agresivos— que ahora resulta precisa mucha menos explicación sobre los principios que en ella se sustentan de la que de otro modo se habría requerido. Sin embargo, la posición de los principales doctores de esta escuela debe ser definida. Su actitud ha sido tergiversada de manera frecuente y, a decir verdad, extraña. Además de esto, su doctrina se imparte no meramente a modo de oposición o protesta, sino como una expresión clara y categórica de principios.

1. Y en primer lugar, debe señalarse que es injusto insinuar que se oponen a toda revisión del texto griego. No serían textualistas en absoluto si no estuvieran prestos a adoptar lo que constituyen verdaderamente los dictámenes basados en la totalidad de la evidencia. «Una y otra vez —afirma el decano Burgon— habremos de señalar que el *Textus Receptus* requiere corrección». Nadie puede leer la obra del doctor Scrivener *Plain Introduction* (Introducción sencilla), tratado que todo clérigo debería poseer y estudiar, sin advertir que una adhesión tan rígida al texto recibido de los últimos tres siglos no tiene cabida en su pensamiento. La cita o demostración de circunstancia tan notoria resulta enteramente innecesaria.

Tampoco debe presumirse que repudien la discriminación en el empleo de las autoridades. Si bien el doctor Scrivener rechaza la noción de familias de manuscritos, admite que la agrupación de manera moderada resulta necesaria a fin de juzgar su carácter y valor. «Ahora que las teorías relativas a las recensiones formales de clases completas de estos documentos se han abandonado en general como puramente quiméricas, y la palabra misma familias ha caído en descrédito en razón de las fantasías desacreditadas que rememora, podemos discernir no menos claramente que ciertos grupos de ellos comparten no solo una semejanza general en lo tocante a las lecturas que exhiben, sino peculiaridades distintivas que se vinculan a cada grupo». Es inevitable que un documento goce de alta reputación y que otro sea valorado mercedamente a la baja. La antigüedad relativa, las circunstancias que acompañaron a su producción en la medida en que se conocen, la naturaleza del texto en cuanto se desvela a una crítica diáfana y precisa, se reconocen como elementos que exigen ser ponderados. Se experimenta reparo hacia «la glorificación» de unos pocos, al grado de transformarlos casi en «objetos de superstición e idolatría»; mas ahí cesa el reparo.

2. El principio rector de la escuela estriba en que todas las autoridades deben ser contrapesadas con equidad y en debida proporción. Los antiguos manuscritos unciales conforme a su antigüedad y carácter; los unciales más tardíos de los siglos octavo, noveno y décimo; los manuscritos cursivos a partir del siglo décimo en adelante; las versiones con referencia a su vetustez y excelencia; los leccionarios, según gozaran de crédito y concordaran entre sí y con otros manuscritos; y las citas de los padres conforme a su mérito contrastado. Media cuantiosa labor por realizar en fijar ediciones, cotejar e indexar antes de que esta inmensa masa de evidencia se halle expedita para el uso. De este modo, estos varones ensanchan la base y se esfuerzan por levantar su edificio sobre el cimiento más holgado y seguro. Si se arguye que la tarea de la revisión es ciertamente formidable y habrá de posponerse por cuantiosos años bajo este método de proceder, la réplica se halla

dispuesta. Es arriesgado entrometerse con las Sagradas Escrituras, las cuales se hallan ligadas tan íntimamente con la fe. Las reformas propuestas son cuantiosas y de hondo calado: ¿y qué ocurrirá si se demuestra que constituyen realmente corrupciones y menoscabos del depósito sagrado? La reverencia y la cautela devienen indispensables en las cosas de Dios. Cuando se lleve a cabo, ha de quedar a todas luces bien ejecutado. Unos pocos años, o el curso de una o dos vidas, dilatados ciertamente a nuestro parecer, son poco en la historia de la humanidad, y menos todavía ante los ojos de Aquel con quien tenemos que tratar. Resulta preferible prestar modesto concurso a un progreso constante y juicioso que pretender dirimir apresuradamente cuestiones para terminar por dejarlas en la incertidumbre.

3. Tal es el sistema general de esta escuela de textualistas sólidos o eminentes. No obstante, en un aspecto capital esta escuela difiere de la anterior. El textualismo extremo parece considerar que cualquier respaldo derivado de los textos Tradicional o Recibido otorga meramente a las lecturas un pretexto para ser vituperadas y desdeñadas, en vez de asegurarles consideraciones de respeto. Con todo, la circunstancia, admitida en reiteradas ocasiones por los doctores Westcott y Hort, de que el Texto Tradicional cuenta con mil quinientos años de antigüedad, debería garantizarle de seguro otro trato. ¿Es probable que San Juan Crisóstomo, los Gregorios y San Basilio —en medio de una abundancia de manuscritos antiguos con los cuales nuestros fondos actuales no admiten comparación alguna en cuanto a antigüedad y valor— se hubieran dejado llevar, junto con sus grandes contemporáneos, a preferir una línea de copias de inferior calidad? ¿Resulta creíble que, de haber errado el desvío acertado, sus continuadores en las centurias venideras no hubieran descubierto que transitaban por una senda equivocada y no hubieran acertado a retornar al camino real? ¿Es verdaderamente concebible que el gran Rey del nuevo reino, quien empeñó su palabra de permanecer con sus siervos «todos los días hasta el fin del mundo», hubiera consentido que el texto verdadero de las leyes escritas de su reino permaneciera oculto en las sombras por espacio de cerca de mil quinientos años, y que un texto viciado en numerosos puntos importantes fuera transmitido y venerado como la expresión auténtica de la Palabra de Dios? ¿Podría aguardarse la manifestación de la santa presencia del Espíritu Santo en la Iglesia en esfera alguna más trascendente y singular preservación de la forma y los rasgos de ese cuerpo de registros escritos y enseñanzas que Él mismo ha inspirado?

Por consiguiente, la escuela rival —la de los textualistas sensatos o de línea dura— acierta al atribuir la máxima importancia al Texto Tradicional, por ser el texto indudablemente transmitido en la Iglesia, así como al Texto Recibido, por constituir un exponente excelente —aunque de ningún modo exacto— de aquel primero. Se trata de una cuestión de tal trascendencia que la presente investigación resultaría incompleta —incluso dentro del alcance limitado propio de una guía concisa sobre los aspectos fundamentales de la crítica textual— si no incluyera una descripción de los hitos más destacados de la historia del texto sagrado, en la medida en que esta se conoce. El error suele surgir de pasar por alto algún elemento esencial. La verdadera cuestión es si debemos hacer tabla rasa del pasado —salvo en lo que respecta a las fechas de los documentos— y basarnos únicamente en el incierto destello de una crítica formulada siglos después de que se produjeran los materiales que la sustentan, o si, por el contrario, no es posible descubrir en el curso de los acontecimientos reales —tal como se nos han dado a conocer— la resolución efectiva de esta importante controversia, así como fundamentos sólidos de juicio capaces de imponer y respaldar una decisión madura y sensata.

Sin embargo, antes de examinar brevemente dicha historia, es preciso hacer una observación sobre la naturaleza de las cuestiones en juego.

Estas dependen de una valoración de las proporciones: de cuánto valor debemos atribuir a un aspecto frente a otro. Las pruebas están, en su mayor parte, ante nosotros, y su existencia es indiscutible. Este es, en efecto, el eje sobre el que deben girar los juicios. Al igual que en la escultura —donde la simetría y la belleza de la forma dependen de que cada miembro y rasgo se represente en su justa medida, y donde posee la verdadera mirada del escultor aquel que percibe con prontitud y precisión si alguna parte del contorno está exagerada, reducida o fuera de lugar—, así también en nuestras decisiones, ya sean de menor o mayor trascendencia, la clave reside en el énfasis que ponemos —o dejamos de poner— en los detalles que se nos presentan; o, dicho de otro modo, en la proporción que cada uno de ellos adquiere a nuestros ojos. Ciertamente, podemos equivocarnos por falta de pruebas o por una perspectiva limitada; pero, con mayor frecuencia, nuestro éxito o fracaso viene determinado por el acierto o el error al poner el énfasis, o bien por un discernimiento justo o erróneo a la hora de formular nuestra valoración.

Capítulo 6 Historia del Texto Tradicional hasta la era de san Juan Crisóstomo

La crítica comparativa no debe ejercerse en el caso de los escritos del Nuevo Testamento bajo exactamente los mismos principios que prevalecen al determinar el texto de los autores clásicos. Es verdad que, en términos generales, lo que resulta acertado en un caso no puede rebatirse en el otro. El veredicto de los manuscritos debe asumirse con arreglo a los principios dictados por la agudeza crítica y confirmados por la experiencia. No obstante, la crítica sagrada añade algunas consideraciones de índole sumamente grave.

En primer lugar, la masa de materiales de la crítica es tan vasta y la riqueza de lecturas atestiguadas es tan grande que no existe necesidad alguna de recurrir a la enmienda conjetural. El único deber del crítico textual estriba en reunir, sopesar y contrapesar las distintas clases de evidencia que puedan aplicarse al pasaje sometido a examen. No se precisa, por lo tanto, de conjetura alguna; se trata de una comprobación de hechos, aparte de que la conjetura o la suposición quedan enteramente excluidas en razón de la dignidad y elevación peculiares de la materia.

En segundo término, la condición de las Sagradas Escrituras como inspiradas por Dios el Espíritu Santo jamás debe dejarse caer en el olvido. El insigne Inspirador de los escritos es asimismo el Supremo Guía de la Iglesia. Por consiguiente, el cuidado providencial y soberano ejercido por Él conforme a su promesa constituye un factor que debe tenerse presente a lo largo de toda la historia. No se afirma, por descontado, que el mal haya quedado impedido de coexistir junto al bien —tal es la experiencia universal—; empero, la Iglesia, en su condición de «testigo y custodia de las Sagradas Escrituras», ha desechado el mal de cuando en cuando bajo la dirección de Él y ha guardado un rumbo definido en términos generales. Pudieron cometerse graves equivocaciones en la transmisión de las obras de Homero, de Tucídides o de Aristóteles; y de hecho se presume que muchas de las obras de este último han perecido. Más difícilmente puede concebirse que el Espíritu Santo, tras comunicar su inspiración en la composición de los libros, hubiera consentido, en medio de su providente tutela, que tales escritos se vieran alterados al compás de los vientos mudables de la opinión y el obrar de los hombres, sin preservar a lo largo del tiempo una forma al menos sustancialmente libre de error. Apenas puede ser de otro modo sino que una sucesión de copias puras de toda gran corrupción debió de haber existido, y existido además con carácter predominante, a todo lo largo de la historia eclesiástica.

En tercer lugar, si bien los distintos libros del Nuevo Testamento constituyeron incuestionablemente las obras de autores independientes y ostentan en cada caso las huellas de una personalidad particular, erróneo sería, con todo, juzgarlos —en especial los Evangelios— como composiciones exclusivamente individuales. En su dimensión corporativa, al margen de su aspecto particular, constituían la encarnación de una enseñanza y de una fe impartidas a la Iglesia y predicadas por la Iglesia antes de que tales libros fueran redactados por separado.

Inmediatamente después de la ascensión del Señor y de la venida del Espíritu Santo, comenzó a operar un ejercicio incesante de enseñanza oral que debió de adquirir de modo gradual un sistema definido y una modalidad y estructura consagradas. Puesto que los hechos de la vida de nuestro Señor debían relatarse de continuo en toda labor evangelizadora, habiendo forzosamente un caudal dilatado de narradores solícitos, y siendo la materia tal que demandaba toda la reverencia de sus almas, debió de actuar asimismo una crítica correctora constante, bajo la cual los relatos referidos

debieron de quedar, por así decirlo, casi estereotipados con escasas variantes. Con el discurrir del tiempo, cuando los conversos demandaron manuales para su instrucción elemental, o bien se precisaron lecciones para la celebración de la santa eucaristía o en los oficios del culto común, o cuando se experimentó la carencia de escritos autorizados en el estudio de los fieles o en las controversias frente a los herejes, los registros escritos devinieron indispensables. La custodia de la tradición y el encargo de trasladarla a la escritura recayeron en un cuerpo de varones comisionados al efecto bajo el título privativo de evangelistas. El cimiento de todo era público; y resulta por ende más verosímil, como de hecho es factible bajo todo concepto, que modificaciones menores pudieran haberse introducido en lo que prácticamente habrían sido ediciones sucesivas de los Santos Evangelios. Además de esto, mediando semejante volumen de predicación oral — hecha menester por la ausencia de escritos acreditados durante algunos años—, apenas podía evitarse que, en una multiplicación temprana de ejemplares una vez elaborados dichos escritos, se introdujeran con amplitud deslices de varia índole que resultarían harto complejos de desarraigar.

Por consiguiente, poco después de que se escribieran los libros del Nuevo Testamento, la corrupción comenzó a afectarlos. Se ha señalado que el error surgió de otras cuatro fuentes. En primer lugar, existía el firme deseo de alterar las Sagradas Escrituras para que dieran testimonio de doctrinas heréticas que se adoptaban ocasionalmente. Por otra parte, se ha afirmado que los ortodoxos no estuvieron exentos de incurrir en la práctica de «hacer el mal para que surja el bien», al haber manipulado tal vez el texto sagrado con el fin de demostrar el error de quienes atacaban la fe. Sin embargo, especialmente en tiempos recientes, esta clase de error se ha exagerado enormemente; en la medida en que realmente existió, se manifestó principalmente durante la Edad Media y en momentos en que la santidad y la rectitud habían decaído temporalmente. Asimismo, gran parte de la alteración del texto debe atribuirse al descuido de los escribas, sobre todo antes de que la labor de transcripción alcanzara la perfección que logró a partir del siglo VII. Por último, y especialmente en los primeros tiempos, el desconocimiento de la lengua griega o de la doctrina transmitida fue una causa frecuente de error.

Durante los primeros años, la escasez de testimonios escritos no pudo menos de engendrar cuantiosa inexactitud. Y la lentitud con la que la fe verdadera en esta materia arraigó entre los recién convertidos —muchos de los cuales eran cristianos de nombre más que en cosa alguna que alcanzara el grado de una creencia sólida— afectó no solo la aceptación universal de los libros canónicos, sino la recepción del texto mismo de tales escritos. Las doctrinas gnósticas pronto se vieron en conflicto con las expresiones y la composición del Nuevo Testamento. Y ciertamente no podía suceder de otro modo, habida cuenta de que el gnosticismo constituía una tentativa de conciliar la filosofía vigente con la doctrina cristiana recién revelada. Tan pronto, por ende, como las verdades cristianas se articularon bajo una formulación revestida de autoridad, el gnosticismo se halló en pugna frente a ellas. De ahí nacieron empeños constantes por amoldar los escritos nacientes a una conformación y dicción tales que no desentonaran con dogmas conformes con la filosofía antigua y las nociones profesadas con anterioridad, o cuando menos no tan discordantes de estas como lo resultaba el cristianismo.

Los libros del Nuevo Testamento no vieron la luz con la antelación suficiente como para que Simón el Mago, Cerinto y los demás corifeos de la herejía del primer ciclo del gnosticismo enderezaran sus embates contra ellos. Empero Basílides, floreciente en la primera mitad del siglo segundo y natural de Alejandría —alcázar principal y foco del gnosticismo—, repudió las epístolas pastorales

y la Epístola a los Hebreos, sumando otros textos a los reconocidos en el canon. Con posterioridad a él, Tertuliano refiere que Valentín corrigió el texto, pretendiendo con audacia que las lecciones por él allegadas gozaban de mayor antigüedad que las palabras recibidas de ordinario. Marción fue mucho más lejos. Partió el Nuevo Testamento en dos secciones: «El Evangelio» y «El Apostolicon». De estas, «el Evangelio constituía una recensión de san Lucas con copiosas omisiones y variantes respecto al texto recibido. El Apostolicon comprendía las epístolas de san Pablo, excluyendo las pastorales y la dirigida a los Hebreos».

Conforme al testimonio de Tertuliano y Epifanio, Marción «mutiló y adulteró» el texto tanto de las epístolas como de los Evangelios. Los secuaces de estos hombres, como era natural, rebasaron a sus guías. Tampoco ha de pasarse por alto a Taciano, discípulo de Justino Mártir y fundador de la secta de los encratitas. Su *Diatessaron* (Diatesarón), o armonía de los Evangelios, alcanzó una divulgación de tal calado que Teodoreto, en el siglo quinto, descubrió en las iglesias de su sola diócesis más de doscientas copias, y deploró en tal medida el espíritu pernicioso con que se había consumado la obra que sustituyó los ejemplares disponiendo en su lugar el Evangelio de los Cuatro Evangelistas. Ciertamente no resulta errado hacer descender de tales influjos buena parte de la corrupción que autores próximos al término del siglo segundo declaran reiteradamente haber mancillado el texto sagrado.

Así, Dionisio de Corinto manifiesta que no debe causarle extrañeza que se adulteren sus propios escritos mediante añadiduras y cercenamientos, cuando se manipulan de idéntica traza las Sagradas Escrituras. San Ireneo da cuenta del mismo trance y parece haber albergado idéntico recelo. Clemente de Alejandría lamenta la existencia de quienes introducen alteraciones en los Evangelios. Un escritor anónimo, citado por Eusebio, arremete contra los herejes que pusieron manos impías sin temor alguno sobre las divinas Escrituras bajo el pretexto de enmendarlas. Orígenes se pronuncia sobre la discrepancia reinante entre los diversos códices, apostillando: «Mas hoy por hoy, grande a decir verdad ha devenido la diversidad de las copias, ora por negligencia de ciertos amanuenses, ora por la perversa temeridad de quienes corrigen lo escrito, o bien por obra de aquellos que, al enmendar, añaden o quitan lo que a bien tienen».

Y con todo, no escasean indicios de que la ortodoxia puso esmero extraordinario en preservar los sagrados libros en su tenor genuino e incólume. Tertuliano, disputando frente a los herejes, les conmina a consultar los autógrafos mismos de los apóstoles en Corinto, en Tesalónica, en Éfeso o en Roma, donde se custodian y se leen públicamente. San Ireneo recurre en cierto lugar a «las copias antiguas y aprobadas» a fin de fijar el número 666 en el Apocalipsis; y en otro pasaje suministra minuciosas advertencias tocantes a la transcripción escrupulosa y fiel de un escrito de su propia pluma. No andaremos errados al vislumbrar en este postrer caso, así como en las suscripciones anexadas con escrupuloso cuidado al final de la relación sobre el Martirio de san Policarpo, un reflejo de la fidelidad concienzuda, guarnecida en todo sentido, que debió de normar la copia de los códices más puros y acreditados. Y la devoción profunda y tierna con que se veneraban las Sagradas Escrituras se pone de relieve más adelante en el severo juicio pronunciado contra quienes hicieron entrega de ellas durante la violenta persecución de Diocleciano, así como en el hecho de suscitarse un cisma al hilo del rigor del castigo que correspondía aplicar a tales delatores de los libros sagrados.

Empero los autógrafos primitivos se perdieron, y testimonio alguno ha llegado a nuestras manos en torno a ellos con posterioridad a las expresiones empleadas por Tertuliano.

No quedamos abandonados, no obstante, a meras pruebas accesorias en lo tocante a la demostración de que el Texto Tradicional se empleó y transmitió en los tiempos antenicenos. El testimonio rendido por autores eclesiásticos particulares sobre lecciones litigiosas —el cual acredita que tuvieron a su disposición manuscritos concordantes con el texto acogido más tarde de forma general en la Iglesia—, sumado a las versiones tempranas, señaladamente la siríaca y la itálica, asienta de modo satisfactorio este extremo, como se manifestará con posterioridad.

A principios del siglo II, el desenvolvimiento en la propagación de las Sagradas Escrituras se verificó en dos direcciones.

El vigor del tronco eclesial que floreció en Antioquía se halla denotado en dos llamativos particulares registrados en la narración escrituraria. La piedad en aquella comarca fue tan genuina y singular que allí se aplicó por vez primera a los conversos el nombre que los discípulos del Señor han retenido desde entonces. Y desde aquella ciudad, colmada de vicios y bajeza, pero solar a la vez de una obra de portentosa santidad y celo —elegida como manantial de semejante evangelización antes que Damasco y aun la propia Jerusalén—, partió el gran apóstol de los gentiles a sus viajes célebres para siempre.

Con idéntico espíritu, las Sagradas Escrituras fueron trasladadas en tiempos sumamente tempranos, ya en Antioquía, en Palestina o en otros confines, a «una lengua comprensible para el pueblo». No media registro alguno de la coyuntura en que se consumó esta traslación, ni del método seguido, ni de sus autores. El bien demandaba ser obrado, y se cumplió. El arameo, o siríaco, constituía una lengua más flexible que el hebreo. La Peshita, o versión «sencilla», ha permanecido viva a no dudarlo desde las lamentables divisiones consumadas en el seno de la Iglesia siria a lo largo del siglo quinto, habida cuenta de que los nestorianos y los monofisitas, al igual que los cristianos de Santo Tomás en la India y los maronitas del Líbano, se sirven de ella hasta el día presente, demostrando por ende con semejante empleo que habremos de retrotraer su nacimiento cuando menos a la época en que aún no se habían escindido. Y se presenta como sumamente verosímil que fuera aquella la que se leyerá desde el principio en Siria. Hegesipo, en el siglo segundo, parece hacer mención de una traducción siria, y Melitón cita «el sirio» en el 170 d. C. Efrén de Edesa alude a esta versión como empleada de forma familiar para las Escrituras nacionales en el siglo cuarto. La Peshita guarda afinidad con el Texto Recibido. Bien pudo haber estado en manos del propio san Juan. No comprendía la totalidad de las epístolas católicas ni el Apocalipsis. A la Peshita se le ha denominado «la reina de las versiones».

Poco después, o en época coetánea, se llevaron a cabo otras versiones en el Occidente. No resultaba previsible que la dilatada rama latina de la Iglesia perdurara largo tiempo desprovista de traslaciones propias. Parece haber mediado una gran cantidad de versiones elaboradas con mutua independencia, a tenor de los testimonios aducidos por san Jerónimo y san Agustín. «Existen casi tantas normas del texto como manuscritos», sentenció san Jerónimo. Y san Agustín alude a «la infinita variedad de traducciones latinas» y, de nuevo, a «la multitud de traductores». Ambos conspicuos padres dan cuenta de la falta de fidelidad de estas versiones. Y no es de extrañar. Mientras que en Siria el griego se comprendía cabalmente y debió de ser factible acceder a los

autógrafos mismos o a copias excelentes sacadas directamente de ellos, en Italia, África y los demás confines de Occidente, el dominio exacto del griego resultaba comparativamente escaso, y la distancia debió de acarrear una cuantiosa cosecha de desaciertos. Profunda penumbra envuelve a las versiones en latín antiguo; empero se estima verosímil que abarcaran tres familias: africana, europea e itálica. La itálica fue la preferida por san Agustín.

Con posterioridad a las traducciones siríaca y latina, bien que datando con probabilidad de finales del siglo segundo, descubrimos las versiones menfítica y tebaica. Alejandría devino muy pronto uno de los núcleos más dinámicos de la doctrina cristiana. La filosofía y el cristianismo colisionaron en aquel solar.

La versión menfítica, o bohaírica, denominada en ocasiones —si bien con menor propiedad— versión copta, fue producto del Bajo Egipto. Constituye, en términos amplios, un traslado digno del griego, mas concurda de ordinario con B, con $\aleph$ y con los escasos manuscritos adscritos a dicha clase. Omite el Apocalipsis.

La tebaica, o sahídica, constituyó la versión del Alto Egipto. Esta traslación reviste en general un carácter análogo al de la menfítica; empero, habiéndose desenvuelto su radio de acción lejos de Alejandría, no guarda tanta similitud con la estirpe de códices que se acaba de aludir como lo hace su vecina. El Apocalipsis parece no haber formado parte de ella.

«Alejandría bien puede apellidarse la cuna de la ciencia teológica sistemática». Emplazada en las proximidades de un istmo que eslabona dos continentes y deslinda dos mares, concitó hacia sí, merced a una posición dominante de comodidad sin par, las letras de Oriente y Occidente. La lengua y el arte helénicos habían arraigado con un «singular renuevo tardío» en lo que dio en llamarse alejandrinismo. Asia tributó buena porción de su filosofía soñadora. Las tradiciones del saber egipcio no se habían extinguido. Florecía allí una colonia de hebreos tan pujante y en tal medida helenizada que demandó para su propio uso una traducción de las Escrituras hebreas al griego. Y, según atestigua el ejemplo de Filón, habían aprendido a maridar un tinte de platonismo con su fe mosaica.

No resultaba insólito, por ende, que la renombrada escuela catequética cobrara aliento en solar semejante. Alejandría fue reconocida muy pronto como uno de los bastiones de la Iglesia primitiva.

Desde los días de san Marcos, tenido por su primer obispo, hasta mediados del siglo II, cuando la escuela cobró nombradía bajo Panteno, el cristianismo desplegó allí viva actividad. Y era enteramente previsible que, así como la filosofía de aquel ciclo había fingido ya bajo el gnosticismo asumir en alguna medida la impronta del cristianismo, pretendiera ahora secundar una segunda senda de acción, esforzándose en lo sucesivo por desfigurar la fe desde el seno mismo de la Iglesia.

Tal es la relación verosímil del origen del origenismo; y si bien Orígenes no incurrió en el arrianismo, un vástago más tardío de idéntica cepa troncal se manifestó en el arrianismo. Y nadie puede asombrarse si resulta dable rastrear una estirpe de textos inferiores —con un orden de lecturas que más tarde serían desechadas en la Iglesia— desde Orígenes en adelante hasta la época

de la extinción de la herejía arriana. La doctrina adulterada y las lecturas de las Sagradas Escrituras destinadas a ser repudiadas andando el tiempo habrían de caminar, de modo natural, de la mano.

El empleo de manuscritos adulterados ha sido sacado a luz en los escritos de Clemente de Alejandría, predecesor inmediato de Orígenes al frente de la escuela catequética, merced al decano Burgon. El decano ha confrontado la cita que Clemente hace de quince versículos (Marcos 10:17-31), descubriendo en sus 297 vocablos 112 divergencias respecto al Texto Recibido, esto es, una discordancia que alcanza el 38 por ciento. Orígenes debió utilizar diversas copias y de varia condición. A decir verdad, resulta harto debatible si no acometió una edición, o recensión, de los textos de los evangelistas y los apóstoles. Es indudable que verificó labor de tal estirpe sobre el Antiguo Testamento, y media la verosimilitud de que, cuando menos en cierto grado, prosiguiera idéntico método de tratamiento con el Nuevo. Su magisterio fue extensamente venerado y secundado en edades posteriores. Fue un expositor copioso y minucioso de las Sagradas Escrituras. A la luz de cuantiosos testimonios históricos, bien puede aseverarse que fundó una escuela.

Entre los personajes que conocemos desfavorablemente en este ciclo figura Hesiquio, con probabilidad un obispo egipcio, a quien san Jerónimo acusa de introducir modificaciones viciosas en copias que corrían bajo su nombre. Otro de ellos es Luciano, presbítero de Antioquía, sobre quien pesa idéntica imputación. Asimismo, Pánfilo, obispo de Cesarea, entrañable camarada de Eusebio —del cual tomó este su segundo cognomento (Eusebius Pamphili)— y fundador de la célebre biblioteca de Cesarea, transcribió las obras de Orígenes y las custodió en dicho recinto. Su discípulo y amigo afirmaba de él que «había aventajado a todos los coetáneos de Eusebio en el estudio desinteresado de las Sagradas Escrituras y en la infatigable y amorosa entrega hacia cualquier empresa que acometiera». Subsisten al presente testimonios de los afanes compartidos junto a Eusebio. Pierio, discípulo de Orígenes, es reputado asimismo como un asiduo estudioso de las Sagradas Escrituras, teniéndose noticia de que poseyó, al igual que Orígenes, copias denominadas con su nombre. Fue maestro de Pánfilo, prelado de la escuela de Alejandría y no enteramente ortodoxo.

Así somos conducidos desde Orígenes hasta Eusebio. Y ciertamente, la veneración y el afecto que este último profesaba hacia el insigne maestro han sido declarados por él con frecuencia en su historia. Cesarea constituyó el hogar adoptivo en los últimos días de Orígenes. Debió de pasar en dicha urbe la mayor parte de sus postreros veinte años. Fue su asilo tras las tribulaciones padecidas en Alejandría; allí recibió finalmente las sagradas órdenes. Su aliento debió de perpetuarse entre sus panegiristas: y en Eusebio de Cesarea contemplamos a un continuador virtual de sus criterios y dogmas axiales.

Empero, durante la existencia de estos varones, sobrevino una catástrofe que debió de quebrantar hondamente la transmisión de las Sagradas Escrituras. La persecución de Diocleciano y Galerio, no obstante el celo desplegado y la entereza acreditada hasta el martirio, debió de acarrear la ruina de una inmensa copia de manuscritos. Hesiquio, Luciano y Pánfilo padecieron el martirio. Y una vez disipada la tormenta, debió de imperar una alarmante penuria de códices de las Sagradas Escrituras para el uso eclesiástico, señaladamente donde el copioso acrecentamiento de conversos engrosó la suma de congregaciones y demandó la erección de nuevos templos.

Hacia el ocaso de este prolongado ciclo histórico, y hallándose Constantino en plena etapa semiarriana, cursó la célebre orden a Eusebio, con probabilidad entre los años 330 y 340 d. C., de remitirle cincuenta suntuosas copias de las Sagradas Escrituras. Habrían de transcribirse sobre la vitela más selecta por diestros y consumados calígrafos, y bajo una forma sobremana idónea para el culto. Se libraron al propio tiempo disposiciones al gobernador de la provincia a fin de que allegara los materiales indispensables para la obra, la cual demandaba ejecutarse con la mayor celeridad viable. Se asignaron dos carruajes a disposición de Eusebio para el traslado de los ejemplares a Constantinopla, expidiéndolos este en breve término bajo la custodia de un diácono.

Pues bien, median motivos varios para conjeturar que B y N figuraron entre estos cincuenta manuscritos. Son adscritos por los más reputados peritos aproximadamente a la época de la misiva de Constantino, hablando en términos generales. A juicio de Tischendorf, corroborado por el doctor Scrivener, el pendolista de B transcribió seis «hojas conjugadas» de N. Estos manuscritos descuellan sin igual por la belleza de su vitela y por su magnificencia general, respondiendo con exactitud a lo que cabría aguardar entre aquellos producidos en acatamiento a un mandato imperial y ejecutados con el auxilio de las rentas imperiales. Son asimismo, según se ha consignado previamente, códices hermanos, como se colige de su consonancia general en las lecturas. Abundan en omisiones y dan muestras de una precipitación tal como la que acompañaría a un encargo ultimado con prisa fuera de lo común. E incluso el corrector, que secundaba invariablemente al copista, desempeñó su cometido con pareja negligencia a la del amanuense al que iba enmendando. Aparte de ello, se hace constar expresamente en N que fue cotejado con un códice sumamente antiguo corregido por Pánfilo con arreglo a la Hexapla de Orígenes. Y Cesarea constituía el solar donde habían de conservarse los manuscritos de Pánfilo y Orígenes.

Media, por consiguiente, un fundamento de consideración en favor del criterio abrazado por no pocos eruditos de que estos dos célebres manuscritos deben su factura al mandato de Constantino, denotando de principio a fin los estigmas de la intervención de Eusebio y el influjo de Orígenes, cuyas obras integraban el fondo primordial de la biblioteca de Pánfilo en la urbe donde con mayor verosimilitud fueron trazados.

Tal fue probablemente el origen y tal la producción de estos dos renombrados manuscritos, los cuales configuran los principales exponentes de una forma textual disonante de la que ha descendido hasta nosotros desde la época de Crisóstomo, y que ha sido proclamada desde aquel tiempo hasta fechas sumamente recientes como primordialmente soberana en la Iglesia. Y se suscita la interrogante de cuál de los dos constituyó el texto investido de común autoridad en el período que acaba de someterse a juicio.

1. Ahora bien, debe advertirse en primer término que los estigmas de adulteración se hallaban esparcidos con gran amplitud en las edades primitivas de la Iglesia. Resultaba inevitable que la transmisión oral de mano en mano, la impericia e incorrección en el trazo, la defectuosa asimilación del dogma y la incredulidad en sus varios matices y grados engendraran una fecunda progenie de extravíos. Tal es, ciertamente, la relación de los hechos que percibimos desde múltiples confines. Mas en el ínterin, la admirable salud y la pujanza de la lozana fidelidad de aquellos tiempos aurales cobró fruto en el árbol que, bien que velado en parte al principio en medio de la maleza ubérrima del error, brotó al compás de los tiempos y sobrepujo con fuste perenne a las plantas raquílicas abocadas en breve término a marchitarse.

2. En consecuencia, en el ciclo venidero descubriremos al Texto Tradicional instalado sin réplica en la cúspide. Ahora bien, ¿cómo pudo erigirse en semejante soberanía de carecer de legítimo derecho? Una usurpación ilícita debió de descubrirse en breve plazo. El dato incontrovertible de que su primacía fuera reconocida y no contradicha arroja una pesada carga de la prueba sobre aquellos que, quince centurias más tarde, pretenden poner en entredicho el título y abjurar del magisterio.

3. Mas subsiste aun al presente ante nosotros testimonio suficiente de la existencia y uso del Texto Tradicional en las edades primigenias. El testimonio rendido por los primeros padres en torno a lecturas controvertidas demuestra que se sirvieron de manuscritos adscritos a la familia tradicional de una antigüedad muy superior a la de cualquier ejemplar hoy conservado. Tómense a guisa de ilustración quince pasajes litigiosos al presente, y los siguientes padres testifican sobre ellos en favor de las lecciones tradicionales: Ignacio (2), Papías (1), Justino Mártir (5), Ireneo (6), Tertuliano (7), Teófilo de Antioquía (1), Hegesipo (1), Atenágoras (1), Vicente (1), Marción (1), Clemente de Alejandría (3), Hipólito (6), Acta Pilati (2), Orígenes (11), Dionisio de Alejandría (3), Constituciones Apostólicas (6), Pseudo-Taciano (2), Cipriano (1), Macario Magnes (2), Julio Africano (1), Tito de Bostra (2), Arquelao con Manes (1), Pseudo-Justino (1), Homilías Clementinas (1), Arrio (1), Eusebio (9), Atanasio (8), Afraates el Persa (4), Dídimo (10), Epifanio (11), Efrén de Siria (6), Pseudo-Efrén (1), Gregorio Nacianceno (9), Gregorio de Nisa (26), Basilio (8), Cirilo de Jerusalén (2), Lucifer (2) y Leoncio (1). Esto equivale a decir que, en 165 pasajes correspondientes a tan solo 15 citas entresacadas al azar de las Sagradas Escrituras, se acredita que tratadistas eclesiásticos florecientes con anterioridad a la era de san Juan Crisóstomo siguieron códigos que atestiguan en favor del Texto Tradicional. Conviene retener en la memoria que fue únicamente al término de este ciclo cuando vieron la luz $\aleph$ y B, los dos códigos más antiguos hoy existentes.

4. De traza semejante, las versiones Peshita e Itálica —comprendiendo bajo esta última denominación lo más granado de las versiones en latín antiguo— vieron la luz doscientos años antes que aquellos dos manuscritos y —señaladamente la primera— refrendan el Texto Tradicional. Ni falta tampoco testimonio intermitente ulterior en las versiones egipcias que, según se ha expuesto, salieron a luz más tarde en el curso de idéntico período.

No asiste, por tanto, conforme atestiguan estos ejemplos, asidero alguno para aseverar que el Texto Tradicional no admite ser rastreado remontándose hasta la edad más auroral de la Iglesia. Los vestigios de él en la época antenicensa revisten un timbre consonante con su incuestionable hegemonía en los tiempos venideros.

Capítulo 7 Historia del Texto Tradicional desde la era de san Juan Crisóstomo hasta la invención de la imprenta

El período histórico que acabamos de examinar sucintamente comprende las luchas primitivas de la Iglesia. Si bien hubo cristianos que recibieron en transmisión directa de los apóstoles la fe en su integridad y en su multiforme vigor, aprendieron a encarnarla y permanecieron firmes en su defensa, la Iglesia no había alcanzado todavía a lo largo y ancho de su extensión a comprenderla y retenerla en toda su proporción y detalle. La labor de las grandes figuras de aquella época «consistió en construir y no en definir. Y de esta suerte, aquella era constituyó una época de indagación y pensamiento, mas al propio tiempo fue una época de libertad. La fábrica de la doctrina cristiana no se hallaba todavía consolidada, si bien los elementos que en un principio habían coexistido por separado se encontraban ya amalgamados. Una era de especulación precedió a una era de concilios; pues resultaba menester que todos los tesoros de la Iglesia fueran contemplados en sus múltiples dimensiones antes de que pudieran disponerse con rectitud».

Sin embargo, el período que le sucedió de inmediato resultó sumamente distinto. El orbe de aquel entonces había ingresado, cuando menos de nombre, en la Iglesia católica. Y junto a la propensión a una fe a medias que llevaba consigo —la cual se resintió con severidad durante cuando menos medio siglo—, aportó además un sentido de ley, pauta y orden, así como un horizonte más dilatado de observación y un anhelo de precisión, sistema y mayor uniformidad tanto en el ritual como en la creencia.

Este período fue quizás el más singular de todos en la historia eclesiástica. Las cuestiones de religión constituían los magnos asuntos de la época: los tratadistas más esclarecidos de aquel tiempo eran varones de Iglesia, y los temas de sus obras versaban sobre los misterios de la fe católica. Su primordial designio consistía en comprobar y desentrañar los rasgos exactos de aquello que fue transmitido una vez y para siempre a los santos. Los credos y los cánones de los grandes concilios permanecen como monumentos insignes de su esfuerzo unánime. Y los escritos de Atanasio, Cirilo de Jerusalén, Hilario, Basilio, los Gregorios, Ambrosio, Crisóstomo, Agustín, Jerónimo, Cirilo de Alejandría, León el Magno y otros (si nos es lícito evocar asimismo a algunos de los que antecedieron de inmediato a esta era) son como faros que alumbran todavía a las generaciones posteriores, dando testimonio de la grandeza de quienes los encendieron.

Otro aspecto en una disciplina hermana proyecta luz sobre la fijación del texto sagrado, la cual debió de consumarse silenciosamente en esta época mediante la exclusión de variantes adventicias.

La literatura clásica atravesaba aquella condición que sobreviene indefectiblemente cuando a un dilatado ciclo de producción sucede un remanso de sosiego. Los caudales del pasado son entonces inventariados, analizados y ordenados. Las expresiones de los antiguos autores se registran, su estilo se disecciona y los comentaristas medran en terreno propicio. Se trata de un tiempo propicio a diccionarios y gramáticas. En consonancia con ello, en esta época Hesiquio —personaje distinto del editor textual— compuso su célebre léxico; y los insignes gramáticos Carisio, Diomedes, Donato y Prisciano desplegaron sus investigaciones y estructuraron su sistema. Y los convulsos sucesos del mundo, bajo los cuales las letras quedaron reservadas a los escasos eruditos que con el correr del tiempo obraban más y más en el retiro frente al tumulto secular, motivaron que este

período se prolongara dilatadamente, de tal suerte que no fue sino hasta el siglo octavo o noveno cuando el sistema sobre el que laboraban alcanzó el grado de perfección al que finalmente llegó.

Así ocurre en lo atinente a la puntuación. «En los papiros de Hipérides no media puntuación alguna; en los rollos de Herculano es en extremo escasa. Los códices Sinaítico y Vaticano... exhiben un punto aislado aquí y allá a la altura de las letras, y de cuando en cuando una interrupción sumamente leve». No fue sino en torno al siglo séptimo cuando comenzó a emplearse el punto aislado en la parte superior, media e inferior del renglón para denotar el punto final, la pausa media o la coma, respectivamente. Los signos se multiplicaron con posterioridad (:.,:.) a fin de expresar diversos valores. «El signo de interrogación griego (;) comparece por primera vez en el siglo noveno, y la coma (,) empleada a modo de pausa, un poco más tarde». En los códices tempranos se carece asimismo de separación de espacios interverbales.

Nuevamente, los espíritus no comparecen en los manuscritos griegos de las Sagradas Escrituras sino hacia el término del siglo séptimo, ni en rigor los acentos. En el siglo noveno se les descubre, con contadas salvedades, mas sin hallarse estampados con pulcritud. En los siglos séptimo u octavo se insertaron espíritus y acentos en los manuscritos más antiguos; si bien se aseguraba que habían sido concebidos primitivamente, o más probablemente sistematizados, por Aristófanes, bibliotecario de Alejandría hacia el 240 a. C.

Allende esto, la ortografía en los manuscritos arcaicos acusaba una grave deficiencia en el arte de manifestar sonidos mediante grafías, así como una ausencia de pauta reconocida en el uso de los métodos acogidos. Descubrimos tanto toscas permutas de consonantes como confusión entre las distintas vocales y diptongos. Esta postrera peculiaridad resulta tan corriente que se ha hecho acreedora a la denominación técnica de «itacismo». Se advierte una propensión en nuestros días entre los editores a suplir con algunas de estas variantes toscas de vocablos aquellas que venían recibiendo con antelación, las cuales se conforman en mayor grado a la ortografía aceptada hoy en los textos clásicos. Mas, a no dudarlo, esto equivale antes bien a desandar las ruedas del progreso.

Parecería que el arte de copiar manuscritos distó de alcanzar madurez apreciable sino hasta alrededor del siglo VIII. Y esto, a decir verdad, se tiene por hecho incontrovertible. Se perfeccionó en el claustro monástico. El primer cuidado de san Benito estribó en que mediara una biblioteca en cada cenobio de nueva planta. En Montecasino existió una copiosa biblioteca que fue pasto de las llamas por los sarracenos en el siglo noveno. Bobbio cobró nombradía merced a sus palimpsestos. San Galo fue asimismo extensamente reputado. Los misioneros irlandeses, tales como Columba, Aidano, Bonifacio y Kilian, fueron egregios cultivadores de la disciplina, y en efecto los irlandeses, a la par de lombardos y anglosajones, poseyeron estilo privativo propio. Los primorosos códices, conservados hoy como alhajas de inestimable valor, ponen de manifiesto la cota de perfección a la que se encumbró este arte en edades posteriores. El manuscrito configuró el suelo de la iluminación: y las escuelas de pintores modernos brotaron originariamente del seno de las corporaciones de copistas artísticos.

Empero aparte de la doctrina, la consagración y el talento desplegados por los varones de Iglesia de la era subsiguiente a la controversia arriana, los hombres de aquel entonces gozaron de ventajas particulares que no han descendido hasta nuestro siglo. En virtud del celo vigilante e intrépido de

la Iglesia, una gran multitud de manuscritos debió de sobrevivir a la persecución de Diocleciano. Estos debieron de ser copiados, recopilados y vueltos a transcribir una y otra vez; y en efecto florecieron cuantiosas bibliotecas en distintas latitudes.

Las bibliotecas de Alejandría gozaron de nombradía singular. En los días de Ptolomeo Evérgetes, la biblioteca del Bruquion albergaba 490.000 volúmenes, y la del Serapeo, 40.000. El emperador Aureliano en el 273 d. C. arruinó el Bruquion, pereciendo verosímilmente una de las colecciones en aquella coyuntura. Mas bien que el Serapeo fuera demolido más tarde por mandato de Teodosio, los fondos bibliográficos de aquella metrópoli crecieron y se multiplicaron hasta que sobrevinieron las turbulencias ligadas a los sarracenos, sucumbiendo en el 640 d. C.

Se instituyó una biblioteca en Constantinopla por providencia de Constantino que, modesta en sus principios, debió de alcanzar con el tiempo proporciones dilatadas. Reducida a cenizas en el 477 bajo el emperador Zenón, fue reconstruida nuevamente. Y en su calidad de biblioteca imperial gozó de alto predicamento en el medievo hasta la toma de la ciudad por las armas turcas.

Refiérese que la biblioteca de Pánfilo en Cesarea fue incrementada por Eusebio hasta los 30.000 volúmenes. Dicha biblioteca cayó igualmente víctima del furor sarraceno. En época más cercana, cuéntase que Buda bajo Matías Corvino atesoraba 50.000 manuscritos, hasta que la urbe cayó en poder de los turcos en 1527, trance en el que la biblioteca fue consumida.

Preséntase con meridiana claridad a la luz de estos juicios que los hombres del tiempo presente somos tan inferiores a los eclesiásticos de la época de san Juan Crisóstomo y de las edades que le sucedieron —tanto en el ajuar de nuestro *apparatus criticus* como en el conocimiento de los códices tempranos—, que resultaría temerario en grado sumo revocar el veredicto por ellos dictado. Y semejante juicio se robustece con certeza casi demostrativa cuando tomamos en cuenta la tutela soberana del Espíritu Santo en el seno de la Iglesia. Por cuanto la Iglesia no se manifiesta privativamente por vía de concilios, ni únicamente mediante cánones o símbolos de fe, sino que plasma sus resoluciones en las operaciones universales de su vida comunitaria. Cuando, por ende, se nos refiere, y descubrimos la veracidad de la noticia, como advertiremos en breve, que el texto corriente en Constantinopla y en labios de san Juan Crisóstomo devino «el Nuevo Testamento normativo del Oriente», y que «el texto medular de la generalidad de los manuscritos griegos tardíos conservados es más allá de toda duda idéntico al texto dominante antioqueno o greco-sirio de la segunda mitad del siglo cuarto», nos hallamos situados frente a una operación tácita de la Iglesia en uno de sus ciclos más insignes, no pudiendo menos de rendirnos ante su virtual determinación.

La madurada experiencia y el discernimiento espiritual sellaron el juicio práctico de la Iglesia. Paso a paso, los libros que ostentaban el cuño de la autoridad apostólica fueron segregados del conjunto de otros textos comprensivos de tradiciones u opiniones de maestros menos investidos de autoridad. Sin litigio y sin esfuerzo, «el Evangelio y los Apóstoles» fueron reconocidos como fuentes inspiradas de verdad en idéntico sentido que «la ley y los profetas». En ambos casos, el fallo compareció a modo de manifestación espontánea de la vida del cuerpo cristiano, y no como deducción lógica de principios sistemáticos.

Esta notable estampa trazada por el doctor Westcott acerca de la fijación del canon de las Sagradas Escrituras es algo más que ilustrativa del modo en que la modalidad textual que se impuso victoriosamente y para siempre debió de alcanzar el reconocimiento general de soberana. Las restantes especies de variantes sucumbieron ante ella. De forma práctica y en lo que concierne al empleo consignado por los autores, si bien el Códice Beza (D) fue trazado con posterioridad, el texto occidental se extingue. «El hecho más asombroso, que resalta en vivo contraste frente al estado antecedente de cosas, estriba en el repentino colapso del texto occidental con posterioridad a Eusebio». Habían visto la luz los manuscritos Vaticano y Sinaítico; mas no se descubre que los tratadistas los citasen, y a lo largo de las centurias venideras apenas contaron, hasta donde sabemos, con algún partidario disperso aquí y allá, los cuales quedaron a su vez relegados sucesivamente en el repudio y el aislamiento.

En efecto, esta conclusión nos lleva a cuestionar el valor excesivo que algunos críticos atribuyen a la mera antigüedad de los manuscritos. Al considerar la evolución del arte de la transcripción y el tiempo transcurrido durante la paulatina eliminación de errores del texto del Nuevo Testamento, llegamos a la conclusión de que el valor relativo de los manuscritos no se determina por una antigüedad bruta; un manuscrito del siglo VII u VIII, o incluso de fecha posterior, puede ser superior a uno del siglo IV o V, especialmente si este último presenta indicios de un origen sospechoso o fue producido en un entorno herético. Aunque tal manuscrito sea cronológicamente más reciente que otro, puede ofrecer un testimonio que, en la práctica, es mucho más antiguo, ya que puede dar fe de enseñanzas tradicionales respaldadas por pruebas que se remontan a los tiempos más primitivos. Podemos comprender a ciertos críticos alemanes que, pese a su profunda erudición, carecen de sentido de la autoridad católica o de la guía de la Iglesia por parte del Espíritu Santo; críticos obsesionados con la visión de una Iglesia futura construida a partir de la esencia latente de las Escrituras y de verdades ocultas que surgen de gérmenes en la conciencia secreta del genio, una Iglesia sin apenas vínculos con el pasado e indiferente a la condena implícita que quince siglos de historia han formulado contra su teoría. Para ellos, la antigüedad se valora según la distancia temporal respecto al presente y la cercanía a los autógrafos originales. Sin embargo, cuando la mayor proximidad alcanzable es de tres siglos —más que de dos— y la Iglesia de aquella época, dotada de ventajas incomparables con las actuales, se ha pronunciado sobre la cuestión mediante una actuación tácita pero coherente, resulta difícil entender cómo quienes reconocen la influencia del Espíritu Santo en la Iglesia pueden seguir tal criterio, a menos que pasen por alto el vasto alcance de esta verdad y su aplicación al problema que nos ocupa. Si tal juicio se acepta universalmente como válido en lo referente al canon, ¿por qué no ha de tener la misma fuerza a la hora de determinar el texto sagrado?

El acontecimiento de capital relieve más remoto en la historia de este período revistió un singular interés en la expansión de la Iglesia. En el siglo cuarto, los godos, en su avance desde las soledades del norte hacia las ubérrimas campiñas meridionales, se asentaron en Mesia, y en una de sus incursiones por el Imperio romano hicieron cautiva a una familia capadocia. Nació más tarde entre ellos Ulfilas, convirtiéndose el gótico en su lengua materna. Formado en la fe cristiana, él y otros godos se vieron precisados a desamparar su tierra nativa acosados por persecuciones desatadas por motivo de su religión, internándose bajo la guía de Ulfilas en los confines del Imperio romano. Fue con posterioridad consagrado obispo por Eusebio, discurriendo los primeros siete años de su ministerio episcopal entre los godos como sucesor de Teófilo, su primer prelado. Los restantes

treinta y tres los pasó en territorio del Imperio romano, hacia donde emigró nuevamente acaudillando a una cifra más copiosa de godos.

Advirtiendo la necesidad de contar con las Sagradas Escrituras en su idioma vernáculo, vertió al gótico la versión de la Septuaginta para el Antiguo Testamento y el original griego para el Nuevo. Profesaba el arrianismo; empero su versión guarda mayor cercanía con el Texto Tradicional que con ningún otro. Con posterioridad, hallándose los godos en Italia, experimentó cierta corrupción dimanada de fuentes latinas. Su cronología ronda el año 360 d. C.

Hacia el ocaso de esta centuria, o al despuntar la quinta, vio la luz el célebre Códice Alejandrino (A), atesorado hoy en el Museo Británico, magnífico obsequio posterior de Cirilo Lúcar, obispo de Alejandría, a Carlos I. Westcott y Hort reconocen que este egregio códice refleja con fidelidad el texto usual entre los insignes autores de su tiempo. Puede reputarse como el exponente más vetusto, y a la vez autónomo, del Texto Tradicional según fue acogido en definitiva. La discrepancia que media entre A, de una parte, y B y $\aleph$ de la otra —si nos es lícito considerar unitarios a estos discordantes testigos—, se manifiesta más honda en los Evangelios. En las Epístolas impera entre ellos una concordancia hartamente superior.

En algún momento del siglo quinto fue trazado el Códice Ephraemi (C), conservado al presente en París. Se trata de un palimpsesto sobreescrito en el siglo duodécimo con tratados varios de san Efrén de Siria, conforme al uso adoptado desde fechas muy tempranas en razón de la penuria de vitela.

Los trazos primitivos resultaban en los días de Bentley tan arduos de desentrañar que Wetstein, a quien Bentley abonó cincuenta libras por cotejar este manuscrito, lamentaba que le demandaba dos horas descifrar un solo folio. La escritura fue reavivada mediante reactivos químicos en 1834. Este códice consta de fragmentos dispersos por todo el Nuevo Testamento que comprenden casi dos terceras partes del conjunto. En lo tocante a la fisonomía de su texto, se sitúa a medio camino entre A y B, escorándose levemente hacia este último.

Indicios varios, sobrevenidos como al azar aquí y allá en medio de debates, acreditan que los doctos de este período se hallaban plenamente apercibidos de las divergencias entre manuscritos, ejercitando el discernimiento crítico al terciar entre variantes en pugna. Así, san Basilio en Cesarea, inducido a error por sus fuentes tocante a la lección certera al inicio de la Epístola a los Efesios, remite al más antiguo de sus manuscritos. De nuevo, Víctor de Antioquía, en la primera mitad del siglo quinto, refiere cómo, al no descubrir los últimos doce versículos del Evangelio de san Marcos en múltiples ejemplares, indagó entre los más escrupulosos, donde los halló, descubriendo señaladamente dicho pasaje en un códice palestinese del Evangelio de san Marcos. Y Severo, hacia el ocaso de la misma centuria, relata cómo «hallándose en Constantinopla, escuchó disputar con vehemencia en torno al pasaje relativo a la lanzada en el costado de nuestro Señor, que se presumía narrado por san Mateo; ocasión en la cual se presentó un suntuoso ejemplar del Evangelio de san Mateo, que la tradición afirmaba haber sido hallado junto al cuerpo del apóstol Bernabé en la isla de Chipre en tiempos del emperador Zenón (474-491 d. C.), y custodiado en el palacio con supersticiosa veneración por tal causa. No contenía mención alguna de la herida en el costado del Salvador». Se advertirá en estos pasajes que nada se insinúa sobre parecer particular alguno acerca de cuál debiera ser la lectura, sino que el asunto se ventila privativamente como cuestión de

autoridad: cuál era en aquellos días, cuando subsistían cuantiosos testimonios arcaicos, el dictamen de los más antiguos y calificados manuscritos.

Se reparará en que hasta el término del siglo quinto disponemos de cuatro códices grandes. De entre ellos, únicamente $\aleph$ suministra la totalidad del Nuevo Testamento. En A se ha perdido la mayor parte de san Mateo, esto es, hasta el capítulo 25:6, cerca de dos capítulos de san Juan y alrededor de ocho en la Segunda Epístola a los Corintios. B se conserva íntegro (salvo en lo atinente a sus omisiones) hasta Hebreos 9:14, sin comprender las epístolas pastorales, las cuales solían disponerse tras la Epístola a los Hebreos, viniendo a quedar esta en las proximidades del centro del epistolario paulino. C se halla colmado de extensas lagunas y, conforme se consignó previamente, no comprende dos tercios del conjunto. Allende estos, subsisten otros cinco fragmentos de los siglos cuarto y quinto, de los cuales Q constituye el más dilatado, albergando fragmentos de 235 versículos de los dos postreros Evangelios.

Conviene hacer notar que estos configuran únicamente los más remotos a tenor de los hallazgos reales. Entra enteramente en lo posible que la investigación saque a la luz códices todavía más vetustos. Los precedentes de $\aleph$ y del Códice Rossanensis (Σ), descubierto en Rossano de Calabria en 1879 por los señores Oscar von Gebhardt y Adolf Harnack, parecen augurar acrecentamientos futuros a nuestros tesoros bibliográficos.

Preciso es recordar asimismo que varias de las versiones aventajan en antigüedad a cualquiera de los manuscritos que han venido a parar a nuestras manos. La Peshita se remonta con probabilidad a principios del siglo segundo; las versiones en latín antiguo gozan de una vetustez semejante; la menfítica y la tebaica, a finales de dicha centuria; la basmúrica, otra versión egipcia, al siglo subsiguiente; y la siríaca curetoniana, cuya cronología es incierta, debió de ejecutarse con anterioridad a la recepción general del Texto Tradicional, y a decir verdad, según parece verosímil, hacia fines del siglo tercero o albores del cuarto. Encontramos luego la gótica, coetánea de B y $\aleph$, bien que unos cuantos años más bisoña que ambos. Y la Vulgata sale a nuestro encuentro en torno al 384 o 385 d. C.

En el 382, el papa Dámaso, ante la disparidad de lecturas y la dilatada corrupción reinante en las copias en latín antiguo, encomendó la revisión de estas a san Jerónimo. Aquel insigne letrado y teólogo acometió su cometido —el cual abarcaba tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo— con singular circunspección y prudencia, afanándose por introducir el menor número factible de modificaciones. Confrontó sus copias latinas con algunos arcaicos dechados griegos. Concluyó en breve término el Nuevo Testamento, mas su traslación del Antiguo no quedó ultimada sino al despuntar la centuria siguiente, no siendo juzgada tan afortunada como la primera. De modo paulatino su traslación fue abriéndose senda, perdurando hasta la época del Concilio de Trento como la versión reconocida de la Iglesia occidental. En observancia a un mandato de dicho concilio se acometió una revisión bajo Sixto V, mas se halló tan preñada de defectos que apenas dos años después vio la luz la Biblia Clementina bajo Clemente VIII (1592 d. C.), la cual ha conservado su preeminencia hasta nuestros días.

Allende estas versiones, el Nuevo Testamento fue traducido al armenio en el siglo quinto, poco después del Concilio de Éfeso en el 431 d. C.; al georgiano por la misma época; y asimismo al

etíope en una fecha tan incierta que Dillmann asigna dicha versión al siglo cuarto, mientras que Gildemeister y otros orientalistas la sitúan en el sexto o séptimo.

En el siglo sexto vio la luz el manuscrito de Cambridge, el Códice Beza (D). Comprende los Evangelios y la porción principal de los Hechos, si bien con diversas lagunas, siendo de aquellos que se apellidan manuscritos «bilingües», esto es, portadores de un texto griego y otro latino. Se presume que encarna el texto occidental, mostrándose en extremo inexacto y preñado de adiciones espurias. Afirmase que ostenta seiscientas interpolaciones audaces y dilatadas tan solo en el libro de los Hechos. Se estima que su vacío en las epístolas paulinas viene a suplirlo el Códice Claromontanus, llamado de esta suerte por haber sido hallado en Clermont (D de san Pablo), si bien en lo tocante a la versión griega se revela harto más pulcro que su gemelo.

A este tiempo se adscribe asimismo el Códice Rossanensis (Σ), el cual comprende la totalidad de san Mateo y el texto de san Marcos hasta el capítulo 16:14, siendo digno de mención por constituir el manuscrito más primitivo que consigna la doxología en el Padre Nuestro de san Mateo. Figura de igual modo el Códice Laudianus (E de los Hechos), atesorado hoy en la biblioteca Bodleiana, aparte de varios fragmentos entre los que descuellan el palimpsesto Z de Dublín y otros dechados.

El siglo séptimo no aparenta haber sido fecundo en la producción de copias conservadas, a no ser hacia su término. Mas en los siglos octavo, noveno y décimo no solo pululan copiosamente, sino que, con la salvedad de L, Ξ de san Lucas y Δ en san Marcos, dan fe de un consenso definitivamente consolidado en torno al Texto Tradicional. Quizás el más ilustre entre ellos sea el Códice Basiliensis (E), hoy en Basilea, que suele remitirse al siglo octavo, bien que el decano Burgon juzga que corresponde al séptimo.

En el siglo décimo entró en boga la escritura cursiva, empleándose de allí en adelante hasta la época en que la copia a pluma cedió el paso a la imprenta. Se tiene noticia de que subsisten en la actualidad no menos de 1.997 testimonios cursivos de toda índole; esto es, comprendiendo Evangelios, Hechos y epístolas católicas, san Pablo, Apocalipsis y leccionarios de los Evangelios y de los apóstoles. Con escasa salvedad, los cursivos dan testimonio unánime en favor del Texto Tradicional. Apenas un puñado de ellos, tales como el 1, el 33, así como el 13, 69, 124, 346 y unos pocos más esparcidos aquí y allá, secundan a B y a Ν. Se vislumbra por ende que el texto de dichos unciales fue propugnado por una minoría exigua, y que resultó no obstante reprobado, no por ser desconocido, sino en virtud de su condición defectuosa.

Surge de modo espontáneo la pregunta: ¿cuál es el valor de los manuscritos cursivos? Fueron compuestos tantas centurias después de la edad apostólica que han abrigado dudas graves respecto a si encierran mérito crítico en absoluto.

Pues bien, un empleo ponderado del principio de la genealogía cobra aquí vigencia. Los manuscritos cursivos constituían los exponentes no solo de una prolongada estirpe de progenitores, sino —como se desprende de las circunstancias que mediaron en ellos— de una dilatada cadena de respetables ancestros, cuyo linaje, revelado en sus descendientes conservados, demuestra que no degeneraron —hablando de ellos en conjunto— en medida apreciable, a no ser en contados detalles. Su muchedumbre abrumadora suministra una presunción, y en verdad mucho más que una presunción, de que sus antecesores fueron asimismo cuantiosos. Y su concordancia general

recíproca evidencia que traducen la convicción incommovible de la Iglesia de su época, al paso que su consonancia con el grueso de los unciales que les precedieron pone de manifiesto su armonía ininterrumpida con las edades inmediatamente anteriores.

Mas soñar con enfrentar a los cursivos en bloque de un lado contra los unciales como un ejército del otro resultaría abominable para la crítica textual, y noción semejante solo podría sugerirse o achacarse por quienes ignoran las realidades de la materia tanto como los principios comúnmente admitidos por los críticos textuales. Los manuscritos cursivos, no se eche jamás en olvido, marchan tras el cuerpo medular de los unciales con singular unanimidad. Salvo invariable excepción de una media docena —los que acaban de citarse—, deponen en términos generales idéntico testimonio. En calidad de portadores del Texto Tradicional, acatan el magisterio de la atestiguación más vetusta que brindan los manuscritos unciales, las versiones y los padres, sumando confirmación a lo que por otros cauces se halla acreditado. Tan desatinado resultaría presumir que la tropa del ejército británico pudiera formarse en batalla contra sus oficiales como imaginar un conflicto global entre cursivos y unciales. Convendría no olvidar, si bien no debe cargarse la mano en demasía sobre esta verdad, que en la época de los cursivos el arte de la copia manual alcanzó su más encumbrada cúspide de perfección.

No resultaría acertado abandonar este dilatado período que arranca de la era de san Juan Crisóstomo, ni siquiera en un sumario sucinto como el presente, sin detenernos un instante en una clase sumamente trascendente y singular de códices. Por lo que toca a los leccionarios, la cifra de los descubiertos e inventariados rebasa al presente los quinientos ejemplares. Estos códices se remontan cuando menos al siglo octavo y representan una tradición harto más remota que aquella.

Los leccionarios ostentan a todas luces un valor privativo a causa de su destino en el culto litúrgico, donde se verían sometidos forzosamente a una continua revisión crítica. Las deficiencias se enmendarían y se salvaguardaría una fidelidad general; si bien, a no dudarlo, aquellos deslices que lograran deslizarse mantendrían un arraigo tenaz una vez posesionados del texto.

En lo concerniente a versiones, restan por notar dos en siríaco a partir de comienzos del siglo sexto, y varias de carácter menos científico. La denominada de Jerusalén, de la cual solo subsiste un códice, se remonta con certidumbre al siglo sexto y acaso al quinto. De mayor fuste resultó la versión filoxeniana, o hacleana. Esta fue efectuada por Policarpo, un corepíscopo (χωρεπίσκοπος), para Jenajas o Filoxeno, obispo monofisita de Mabug o Hierápolis, en el 508 d. C. Cerca de un siglo más tarde (616 d. C.) fue revisada por Tomás de Harkel. «Constituye probablemente la versión más servil de la Escritura que se haya llevado a cabo jamás». Las restantes versiones comprenden: la eslava, del siglo noveno; la anglosajona, desde el siglo octavo hasta el undécimo; una franca, del noveno; dos pérsicas, exclusivamente de los Evangelios y de cronología indeterminada; y varias traslaciones arábigas de exiguo provecho crítico.

El testimonio de los padres en la etapa inicial de este ciclo ha sido ya declarado unánime y resueltamente favorable al Texto Tradicional. Se ha computado que median alrededor de un centenar de padres que escribieron con anterioridad a la manufactura de B, y cerca de doscientos más hasta la conclusión del siglo sexto.

Hemos arribado ya a la era en que la tipografía se aplicó al Nuevo Testamento, cerrándose por ende los ciclos a lo largo de los cuales se manufacturaron los materiales para el ulterior ejercicio de la crítica textual.

Pocas palabras de retrospectiva se imponen en este punto.

El rasgo cardinal de este período lo constituyó la encumbración del Texto Tradicional hacia un dominio que apenas si fue disputado. Corrupción de múltiple cariz se había inoculado en las edades primigenias en el seno de los sagrados escritos. Apenas despuntaban de la tosca degradación a la que se vieron expuestos en numerosas comarcas, experimentaron el influjo de una escuela de filosofía semiescéptica instalada en el seno de la Iglesia, produciéndose una exigua porción de copias discordantes del texto acogido con posterioridad en los tiempos, si no es que, según se vislumbra, bajo la superintendencia de una facción que distaba de ser enteramente ortodoxa. Sobrevino después una época en la cual la fe eclesiástica y las Sagradas Escrituras fueron blanco de prolongado y solícito examen. Las líneas maestras de la fe una vez dada quedaron plasmadas en símbolos de fe. No se promulgaron decretos formales que consagraran definiciones dogmáticas en torno al canon o al texto de las Sagradas Escrituras. No obstante, el catálogo de los libros auténticos y la traza verdadera del texto se fijaron de forma apacible y con todo concluyente. Las voces disonantes apenas volvieron a escucharse con posterioridad, sino para ser acalladas. El «silbo apacible y delicado» iba haciéndose sentir y reconociéndose en el seno de todo el cuerpo, sin alzarse en estentóreos acentos de mandato ni compeler a la promulgación de leyes en el marco de una legislación particular o general.

Capítulo 8 Materiales de la crítica

La investigación de los tiempos modernos ha reunido, según se ha visto ya, una inmensa masa de testimonios variados en torno al texto del Nuevo Testamento. Podemos disponer de mejor manera esta evidencia bajo cuatro temas principales; a saber: manuscritos unciales y cursivos, leccionarios y liturgias, versiones y las citas presentes en los escritores eclesiásticos.

I. (a) Manuscritos unciales.

El Nuevo Testamento se distribuía antiguamente en cuatro partes; a saber: Evangelios, Hechos y epístolas católicas, epístolas paulinas y el Apocalipsis.

Los manuscritos unciales se hallaban compuestos primitivamente por una escritura continua trazada en letras mayúsculas, sin separación de espacio entre vocablos u oraciones. Las letras más arcaicas se presentaban rectas y cuadradas; con posterioridad se volvieron estrechas, u oblongas, o inclinadas; y la escritura adoptó de manera gradual una modalidad más artificiosa y artística. Las copias del Nuevo Testamento que han descendido hasta nosotros no se hallan asentadas sobre papiro de caña, ni sobre tablillas enceradas, ni sobre cortezas de árboles ni en ninguna sustancia frágil parecida, sino comúnmente sobre vitela o pieles de terneros muy jóvenes, o bien sobre pergamino o pieles de ovejas y cabras. El Sinaítico se halla confeccionado con pieles de antílopes.

Las fechas del cuadro siguiente han sido tomadas de la obra del doctor Scrivener *Plain Introduction* (Introducción sencilla), a excepción del manuscrito E, respecto al cual me he conformado al criterio del decano Burgon, quien sometió dicho códice a detenido examen.

Al margen de los manuscritos unciales mencionados en la tabla, subsisten múltiples fragmentos de menor entidad que, sumados a los primeros, arrojan la cifra siguiente en conjunto:

Evangelios ... 61
Hechos y epístolas católicas ... 14
Epístolas paulinas ... 22
Apocalipsis ... 5
[Total] 102

Empero en este cálculo, según se advertirá, por cuanto se precisa la suma de testimonios en cada categoría, aquellos manuscritos que comprenden porciones de más de una clase se cuentan en cada una de ellas. Así, A y $\aleph$ se cuentan en las cuatro clases, B en tres y D en dos. Restando estas recurrencias —a saber: 7 duplicaciones en los Hechos, 8 en san Pablo y 4 en el Apocalipsis—, disponemos de un total general de 83 unciales.

(b) Manuscritos cursivos.

La inmensa muchedumbre de testimonios comprendidos en esta importante clase —relevante en virtud de su número, de su general armonía de lecturas, del sólido cuerpo de progenitores que encarnan, de la perfección técnica con que fueron trazados y de las conclusiones universalmente recibidas de las cuales son muestra y testimonio, con la única desventaja importante de su falta de

antigüedad— impide toda posibilidad de consignar un catálogo de ellos en una obra pequeña como la presente. Los más afamados lo conforman el puñado de disidentes que siguen a B y a X (véase arriba), los cuales han recibido por ello una importancia mayor a la que realmente merecen, y los siguientes:

13. Regius, cotejado por el profesor W. H. Ferrar.
20. Regius, 188.
61. Códice Montfortianus.
66. Códice Galii Londinensis.
69 Códice Leicestriensis.
71. Lambeth, 528.
113 Códice Harleianus, 1810, Museo Británico.
124. Caesar-Vindobon. Nessel. 188, Lambec. 31.
237-259. Cotejados por C. F. Matthaei.
507-517. Cotejados por el doctor Scrivener.
etc., etc., etc.

El doctor Scrivener y el decano Burgon han elevado el número de cursivos registrados a:

Evangelios 739
Hechos y epístolas generales 261
Epístolas paulinas 338
Apocalipsis 122
[Total] 1460

Es poco probable que se haya obtenido todavía una lista de todos los tesoros sobrevivientes de esta clase. Pero, por otro lado, difícilmente puede pensarse que algún descubrimiento futuro vaya a cambiar su testimonio general a favor del Texto Tradicional.

[Un gráfico aparece aquí en el original en inglés con el sitio, lugar y porciones de las Escrituras de los unciales más conocidos. No se ha traducido por la labor que representaría, y el hecho de que en nuestra era información de dicha clase está fácilmente a nuestro alcance.]

II. Leccionarios y liturgias.

El valor de esta clase de evidencia, cuya fuerza total fue defendida y explicada por primera vez por el decano Burgon en su tratado *The Last Twelve Verses of St. Mark's Gospel* (Los últimos doce versículos del Evangelio de san Marcos), es muy considerable y especial.

Es evidente que lo que se lee constantemente en público con aprobación oficial debe tener un peso mucho mayor que los escritos de cualquier autor individual. Esos textos debieron estar expuestos de continuo a la revisión de todos. Por lo tanto, mientras que es muy posible que algunos de los manuscritos que nos han llegado no hayan pasado por un examen tan riguroso —e incluso que, por el desgaste natural del tiempo, los más aceptados se hayan usado más y por eso se hayan destruido antes, mientras que los menos apreciados se conservaron gracias al olvido general—, los leccionarios y las liturgias provienen de la plena luz y de la vida constante de la Iglesia primitiva.

Añádase a esto que ambos tipos de evidencia datan de los tiempos más antiguos. El sistema de leccionarios del «invariable Oriente» ha permanecido desde tiempos muy remotos, y puede rastrearse más allá de B y X, llegando al menos a los tiempos de Orígenes e incluso de Clemente de Alejandría a finales del siglo segundo. Los manuscritos se remontan hasta el siglo octavo, pero muchas indicaciones en las obras de los escritores de la Iglesia llevan esa referencia sin duda al período que acabamos de mencionar.

Este sistema de leccionarios se diseñó siguiendo las líneas principales de la costumbre que existía antes en las sinagogas de los judíos. En sus servicios religiosos había, como en los nuestros, dos lecturas: una de cada una de sus grandes divisiones del Antiguo Testamento. San Pablo y san Bernabé encontraron en Antioquía de Pisidia la costumbre común de leer tanto de la ley como de los profetas. Esta práctica continuó en las liturgias mediante las lecturas seleccionadas de las Epístolas y de los Evangelios, y en las oraciones diarias de la mañana y de la tarde mediante las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Por eso, Justino Mártir, escribiendo hacia el año 150 d. C., relata en su Apología que durante el culto divino se hacían lecturas de los Apóstoles y de los Profetas. El nuevo sistema de leccionarios se basó así, al igual que en otros detalles, en el sistema antiguo. Y de este modo, tanto los leccionarios como las liturgias constituyen una fuente sumamente valiosa de información y evidencia verdadera.

Varios errores pueden deberse a esta influencia. Así, la omisión de los últimos doce versículos del Evangelio de san Marcos en ciertas copias (de las cuales B y X son los únicos ejemplos que quedan) se debe probablemente a que esos versículos formaban por sí mismos una lectura litúrgica que, al ocupar exactamente la última página del Evangelio (porque san Marcos estaba al final según el orden occidental), se perdió inevitablemente con la última hoja. Un copista encargado de transcribir una copia así de incompleta confundió con facilidad la palabra fin (τέλος) que marcaba el cierre de la lectura anterior con el final de todo el Evangelio. Del mismo modo, los dos versículos de san Lucas que describen al ángel que ayudaba a Jesús, la agonía y el sudor como gotas de sangre, se omitían en la lectura habitual del resto del pasaje el martes después de Sexagésima, y se insertaban después de san Mateo 26:39 el Jueves Santo. Como en los evangeliarios se ponían marcas que indicaban esta omisión, resultaba casi seguro que algún copista terminaría dejando fuera esos dos versículos por completo. También el capítulo catorce de san Juan se hace comenzar con las palabras: «Y dijo Jesús a sus discípulos», como cualquiera puede comprobar al revisar los Evangelios en nuestro Libro de Oración Común para el día de san Felipe y san Santiago. Este tipo de introducciones y añadiduras no eran raras, y se fueron metiendo en los manuscritos unciales.

Los leccionarios comprendían dos clases:

1. Evangeliarios (*Evangelistaria* o *Evangelitaria*), formados por pasajes tomados de los Evangelios. De estos se conocen 415 manuscritos.
2. Praxapóstoles o Apóstoles (*Praxapostoli* o *Apostoli*), comprensivos de lecciones de los Hechos y las Epístolas, sumando 128 según el cómputo efectuado hasta la fecha.

El valor de las citas en las liturgias se apoya casi en la misma base que el testimonio de los leccionarios. Estas «registran el testimonio, no de personas individuales, sino de Iglesias». Sin embargo, las citas son poco comunes. Un ejemplo de ello es el texto del Gloria in Excelsis en la

liturgia de san Clemente y en la de san Santiago. Otro ejemplo es el testimonio general a favor de la doxología como cierre reconocido del Padre Nuestro.

Las liturgias se remontan por lo menos a los siglos cuarto o quinto.

III. Versiones.

Las versiones primordiales ya han sido mencionadas. Las fechas generales de todas ellas pueden contemplarse reunidas en el cuadro siguiente:

Siglo	Siríaca	Latina	Egipcia	Versiones aisladas
II	Peshita	Latín antiguo (1) a. Africana b. Europea	? Menfítica o bohaírica (2) ? Tebaica o sahídica (2)	...
III	...	...	? Menfítica y tebaica (2) Basmúrica o eleárquica (3)	...
IV	? Curetoniana (3)	Vulgata (2)	...	Gótica (2)
V	Jerusalén (3) Karkafensiana (3)			Armenia (2) Georgiana (3) Etiope (2)?
VI	Filoxeniana (3) 508 d. C.			
VII	Harcleana (3) 616 d. C.			
	Revisión Clementina 1592 d. C.			Eslava (3) IX Anglosajona (4) VIII-XI Franca (4) IX Pérsica (4) IX Árabes (varias) VIII, etc.

Los números que acompañan aquí a los nombres de las diferentes versiones indican su nivel relativo de calidad desde el punto de vista crítico, según la clasificación del doctor Scrivener. Algunas de las versiones árabes y una versión persa pueden colocarse en la tercera clase. Pero la otra versión persa (y tal vez una árabe), al derivar de la Peshita siríaca, y la anglosajona o inglés antiguo, al proceder de la Vulgata latina, solo pueden usarse para corregir las traducciones principales de las que provienen.

El valor de esta clase de evidencia salta a la vista al revisar la tabla anterior. Las versiones ofrecen la forma más antigua de texto continuo. Algunas de ellas son de fechas mucho más tempranas que los manuscritos unciales más antiguos. Pero esta posición tan destacada tiene algunas desventajas.

1. La lectura exacta de una versión puede ser a veces muy difícil de comprobar. Las dudas sobre cuál es la forma verdadera del texto pueden aparecer en ellas del mismo modo que ocurren en el texto original en griego. El latín antiguo es el mejor ejemplo de esto, ya que representa más bien un grupo de versiones (africana, europea e italiana) en lugar de una sola traducción como las demás que pueda determinarse con bastante exactitud. Existen treinta y ocho códices, de los cuales los más valorados son:

Códice	Siglo	Letra designada
Códice Vercellensis	IV	a
Códice Veronensis	IV o V	b
Códice Colbertinus	XI	c
Códice Palatinus	IV o V	e
Códice Brixianus	VI	f
Códice Corbeiensis (2)	VIII	ff ^l
Códice Sangermanensis (2)	IX	g ^l
Códice Claromontanus	IV o V	h
Códice Vindobonensis	V o VI	i
Códice Bobbiensis	IV o V	k
Códice Mai's Speculum	VI o VII	m
Códice Monacensis	VI	q

Esta desventaja no es tan grande en el caso de las otras versiones, pero reduce el valor de todas ellas.

2. Por la naturaleza misma de las traducciones —que para ser buenas deben apegarse a la forma propia del idioma al que se vierten— resulta inevitable que haya gran incertidumbre sobre cuáles eran las palabras griegas originales. Por lo tanto, las versiones no siempre ofrecen una prueba decisiva cuando se trata de una sola palabra o expresión en griego. En cambio, la autoridad de una versión respecto a la autenticidad de una frase, de una oración o de un pasaje más largo es incuestionable, y puede ser mucho mayor que la de un solo manuscrito, ya que tiene por lo general un carácter público (que varía según las circunstancias) y puede tener una antigüedad mucho más grande.

3. Es evidente que solo un experto en el idioma puede dar una opinión de primera mano sobre esa versión.

IV. Escritores eclesiásticos.

Puede decirse que los escritores de la Iglesia superan incluso a las versiones en cuanto a llegar a los tiempos más antiguos. Su autoridad, especialmente para confirmar lo que ya está respaldado por buenas pruebas de otro tipo, suele ser de la mayor importancia. Su variedad y su número, al representar distintas regiones y épocas de la Iglesia, dan mucho peso a su testimonio. Además, la

posición, las oportunidades y la capacidad de muchos de ellos hacen que su testimonio merezca casi siempre una atención respetuosa. Sin embargo, algunos puntos reducen su autoridad en este campo.

Su testimonio rara vez es continuo; suele ser fragmentario y a veces no está disponible cuando más lo necesitamos. Con frecuencia citan de memoria y de forma poco estricta. A veces citan del manuscrito que tienen a la mano en ese momento, y por eso el mismo pasaje se encuentra escrito de maneras distintas en diferentes partes de sus obras.

A pesar de todo esto, ofrecen un tipo de evidencia sumamente valioso. No es necesario atribuir a cada uno de ellos una gran capacidad crítica, aunque hay razones para pensar que en los primeros siglos había más de esto de lo que muchos creen. Su valor principal es como testigos de los hechos. Su testimonio puede describirse como el de manuscritos de segunda mano, la mayoría de los cuales son más antiguos, o casi tan antiguos, como los manuscritos más viejos que existen hoy en día. A menudo confirman lecturas al dar testimonio con una exactitud incuestionable (hasta ese punto) de las copias que ellos mismos usaban. En realidad, este ha sido el recurso más descuidado y menospreciado de la crítica, y sin embargo promete ser uno de los más importantes. Por desgracia, hace falta publicar ediciones de sus obras con este enfoque y preparar índices detallados, antes de que todos los tesoros que hoy están ocultos queden al alcance de los críticos textuales. Cuando esto se haga, se tendrán los recursos necesarios para lograr un avance nuevo y verdadero.

Este es el amplio campo que debe explorarse a fondo antes de que pueda lograrse con éxito una revisión del texto griego. No se debe poner la confianza en una sola clase de evidencia. Incluso los manuscritos del Testamento griego, por muy superiores que sean en la mayoría de los aspectos frente a todas las demás clases, no pueden de ninguna manera asegurar que poseen la mayor antigüedad. En este sentido, los manuscritos individuales son superados de hecho por las versiones y por los padres de la Iglesia, y prácticamente también por los leccionarios y las liturgias.

Capítulo 9 Principios de la crítica

Habiendo revisado ya las partes principales del campo de la crítica textual del Nuevo Testamento, nos encontramos en posición de llegar a conclusiones claras respecto a los principios que deben guiarnos en la revisión del texto sagrado.

Y en primer lugar, no cabe duda alguna de que sería un grave error descartar cualquier porción de la evidencia existente. Aparte de lo ilógico de un procedimiento que ignoraría materiales que deben tener peso al formular las premisas y determinar la conclusión —por no ir más allá del formidable proyecto de erradicar la enorme masa de pruebas variadas, tanto conocidas como en aumento, de un texto distinto al que se busca establecer en ciertos sectores, y del muy cuestionable intento de deshacerse de testimonios incómodos—, la Iglesia es responsable ante Dios Todopoderoso de hacer un uso debido, y de preservar de generación en generación, los materiales reunidos para el sostenimiento de su Palabra inspirada. Si se responde que no es posible para una sola época ocuparse de una cantidad tan grande de materia, la réplica evidente es que nuestro deber en un caso así, en el que tratamos no con asuntos humanos, sino con las cosas de Dios, es invertir la máxima del poeta y decir: *Non mihi res, sed me rebus subjungere conor*.

No podemos moldear a nuestro antojo el testimonio de la sagrada Palabra, sino que debemos ajustar nuestro proceder a lo que encontramos ya existente. Es mucho mejor detenerse con prudencia sabia y reverente que apresurarse tal vez a entrar donde los ángeles temerían pisar, y derribar con profana precipitación en lugar de fortalecer las columnas del templo. El Gran Dador de la Palabra inspirada es también quien la preserva en el testimonio y la custodia de las Sagradas Escrituras. Él ha hablado a lo largo de todas las épocas, si bien con esa voz suave y apacible que se complace en emplear, mediante señales y pruebas claras y manifiestas. Debemos reunir las en la medida de nuestras fuerzas, y sin negarnos a escuchar su testimonio ni forzar o predisponer su decisión, tenemos el deber práctico de recoger su veredicto.

I. Por lo tanto, se sigue que el primer objetivo de un crítico textual debe ser descubrir qué es, en verdad y de hecho, el Texto Tradicional. ¿Hasta qué punto coincide con él el Texto Recibido? Pues es con el texto hoy «Recibido» con el que deben comenzar las labores. La carga de la prueba recae sobre los cambios. Luego, ¿en qué detalles particulares la debilidad humana ha alterado, en cualquier época, período o momento, ese texto puro que puede hacerse visible al comparar todas las épocas? Al reunir el cuerpo entero, los errores de cualquier individuo pueden hacerse evidentes. Los concilios generales solían corregir los desaciertos de obispos individuales. El Espíritu Santo no elimina toda debilidad, pero guía las decisiones de toda la Iglesia. Cualquier padre, versión, o incluso leccionario o copia, por antiguo que sea y por muchas razones que tenga para haber evitado equivocaciones, pudo haber errado. Pero en la unión de todos ellos, y en un testimonio variado, multiplicado y mayoritariamente concorde, no solo reside la fuerza proverbial, sino también la Presencia prometida, la cual descendió después de que el Señor dejara la tierra y permanece en la Iglesia hasta el fin.

II. De ahí que, en segundo lugar, deba reunirse todo el testimonio y asignarse la debida importancia a cada uno de sus elementos. Cuanta mayor variedad de pruebas coincidentes se encuentre, y cuanto más perfectamente coincidan en su testimonio todas las regiones de la Iglesia y todos los períodos —especialmente los más antiguos—, tanto mayor será su peso. Las fuentes de decisión

se descubrirán en las clases descritas en el capítulo anterior. Hablando en términos prácticos, nunca falta evidencia suficiente, y se llegará a aquellas conclusiones que, ya sea por su importancia intrínseca, por su variedad o por su número, resulten predominantes tras un examen sabio, lúcido y minucioso.

III. La evidencia interna de cualquier clase es muy inferior a la prueba externa, sobre la cual se establecerá la autenticidad de los pasajes; sin embargo, resulta útil en su debido lugar. Tales son los siete cánones, a saber:

1. Cuanto más difícil sea la lectura, menos probable es que haya sido inventada, y más probable es que sea genuina. *Proclivi lectioni praestat ardua* (Bengel). Así, δευτεροπρώτῳ («segundo primero») en san Lucas 6:1, difícilmente pudo haber sido inventada.
2. La lectura más breve es mejor que la más extensa. *Brevior lectio praeferenda est verbosiori* (Griesbach). Así en san Lucas 12:56: «¡Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra; ¿y cómo no distinguís este tiempo?». El segundo «no distinguís» (οὐκ οἶδατε δοκιμάζειν) echa a perder la sencillez del texto.
3. Es preferible aquella lectura que explique el origen de la variante (Tischendorf). Así Melita (Μελίτη) en lugar de Melitene (Hechos 28:1), como ya se explicó anteriormente.
4. La lectura que resulta característica del autor es la más probable. Debe tenerse gran cautela al aplicar este canon, ya que existen opiniones muy diversas sobre el estilo de los autores. Sin embargo, ofrece una fuerte confirmación sobre la autenticidad de la famosa sección de la mujer adúltera (*Pericope adulterae*), puesto que el estilo del pasaje (Juan 7:53, 8:11) es exactamente el de san Juan.
5. El carácter particular y el uso propio de cada autoridad deben tomarse en cuenta al calcular el peso que deben tener. Por consiguiente, siempre debemos desconfiar de las omisiones de B, de los descuidos de N y de las añadiduras de D.
6. «Las probabilidades visibles de errores de copia, confusión de letras, itacismo, etcétera», se tomarán en cuenta de forma natural. Así ἐτέροις (Mateo 11:16) se puso evidentemente en lugar de ἐταίροις; y las lecturas «Titius» o «Titus Justus» han surgido con claridad de una repetición de letras.
7. Cualquier lectura que carezca de sentido, o que dañe el significado o la construcción de la frase, probablemente no es la lectura verdadera. Por ejemplo, «el último» (ὁ ἔσχατος) en san Mateo 21:31, lectura propia de D que convierte al hijo que no fue en el hijo obediente, no puede haber sido la redacción verdadera del evangelista.

Pero todas estas consideraciones deben tratarse con prudencia y mantenerse en su justo lugar. Exagerar el valor de cualquiera de ellas puede conducir a deducciones falsas, y la autoridad, tal como se manifiesta en la evidencia externa, es la que debe decidir principalmente todas las cuestiones.

La verdadera Guía en todo esto es Dios el Espíritu Santo, quien, si se le busca con reverencia, con pureza de corazón, humildad de alma y sabiduría de mente, guiará a su debido tiempo y según sus perfectos designios a la Iglesia y a sus hijos a descubrir con certeza, a partir de pruebas claras y concluyentes, la forma y los rasgos verdaderos de esa sagrada Palabra que Él mismo enseñó a proclamar a sus siervos mediante su santa inspiración.

¡Que Él reciba y dirija de este modo todo nuestro estudio de sus divinas palabras, por medio de nuestro Señor Jesucristo!

[Un apéndice va aquí que se dejó sin traducir]